



Marie-Aude Murail Un asesino en el instituto



LOS CASOS DE
NILS HAZARD

Cuando desaparecen unos exámenes del instituto Saint-Prix y reaparecen corregidos con sangre, el profesor Nils Hazard es requerido para que investigue qué se esconde detrás de la macabra sorpresa. Así, el joven etruscólogo se encontrará ante doscientos ochenta sospechosos, un director un tanto alocado, un conserje algo simple y todo un ciclo implicado.

El peculiar investigador deberá poner en acción todas sus dotes deductivas y su ingenio para atrapar al maniaco que se pasea de noche por los pasillos del Saint-Prix, ya que sus amenazas han dejado de ser una broma. Por suerte, contará con la inestimable ayuda de su compañera Catherine para resolver este complicado enigma que mantiene en vilo a todo el centro.

Marie-Aude Murail (Le Havre, 1954) es una prestigiosa escritora francesa que ha publicado con gran éxito más de ochenta novelas, entre las cuales destacan series juveniles como la de «Los casos de Nils Hazard». En esta misma colección de Algar Editorial ha publicado también *Cazadores de enigmas*.



9788498456899

UN ASESINO EN EL INSTITUTO LOS
CASOS DE NILS HAZARD BANG 2
MARIE AUDE MURAIL ALGAR EDITORIAL
LIBRO FÍSICO



28533330

algar
editorial

Marie-Aude Murail

Un asesino en el instituto



PROFESOR DE HISTORIAS

- «... Ya que sobre el sarcófago está representado el viaje del muerto hacia los Infiernos», coma, eh... no, punto...
- ¿Punto o coma? —me preguntó Catherine, con aire de fatiga.
- Punto y coma. «La religión etrusca...». Vaya, están llamando.
- «La religión etrusca vaya están llamando» —repitió Catherine, sin dejar de teclear.
- ¡Pero, abre!
- ¿Soy tu secretaria o tu criada?
- Te pago mucho para la cantidad de faltas que llegas a cometer en una sola frase.
- Instálame un corrector ortográfico —replicó mi secretaria.
- Ring, ring.
- ...y apresúrese a abrir, señor Hazard. Su visita se impacienta. Se va a perder la venta de una enciclopedia universal en ciento quince tomos.

—Cualquier día te apuñalaré salvajemente — murmuré.

—He guardado el abrecartas en su estuche, y el estuche, en el cajón. El jurado verá que ha habido premeditación.

Riiing. El visitante se jugaba el todo por el todo antes de abandonar la partida. Me precipité a la entrada.

—¡Oh, inspector Berthier!

El inspector ya se iba. Volvió a subir pesadamente los dos escalones.

—Ah, sí que estaba en casa. ¿Estaba ocupado?

Riéndose, arrojó el sombrero sobre la butaca y le guiñó el ojo a Catherine.

—Voy a hacer un té —anunció mi secretaria.

—Pensaba que no eras mi criada —mascullé entre dientes.

Catherine se alejó balanceando las caderas.

—Guapa chica —dijo Berthier—. Antes de conocerle, señor Hazard, pensaba que los profesores universitarios se pasaban la vida con la nariz metida en los libros... ¡ja, ja!

—Todo el mundo puede equivocarse. Antes de conocerle, yo pensaba que los inspectores de policía tenían un coeficiente intelectual normal. Pero, síntese...

Un tanto molesto, Berthier se sentó en el sofá. Se calló por un instante, quizás esperando a que yo le diera pie.

—¿Aún le gusta jugar a los detectives aficionados? —se decidió por fin.

—NOS encanta —respondió en mi lugar mi secretaria.

Acababa de dejar la bandeja del té sobre una mesa baja y se había arrodillado, apoyando las nalgas sobre sus zapatillas, para servirlo.

—Tengo un pequeño enigma para ustedes —murmuró el inspector.

Como yo no reaccionaba, se volvió hacia Catherine.

—Mire que pasan cosas extrañas en Queutilly-sous-Doué.

—Queutilly-sous-Doué —repetí, subrayando el *sous-doué*¹. ¿No es allí donde está el centro de formación de los inspectores de policía?

Berthier ignoró mi broma.

—Allí es donde está el instituto Saint-Prix, y es el director del centro quien ha recurrido a los servicios de uno de mis colegas.

Berthier abrió su bolsa de cuero y sacó lo que

1. *Sous-doué* significa en francés 'infradotado'. *N. de la T.*

mi larga experiencia como profesor me permitió identificar inmediatamente como trabajos de alumnos.

—Deberes de historia, señor Hazard —continuó el inspector—. Todos corregidos.

Extendió cuatro sobre la mesita baja. Cada trabajo lucía un 0/20 en grandes y torpes números rojos.

—El profesor de esta clase de tercero encontró forzada su taquilla de la sala de profesores. Alguien había calificado los ejercicios, como pueden ver.

—Bromas de críos —dije sin inmutarme.

—El pobre profesor está harto, en efecto —reconoció el inspector—. Se queja de que saltan los plomos cada vez que quiere usar el vídeo, de que la cerradura de su aula está sistemáticamente obstruida, de que su mesa está cubierta de polvo de tiza...

—No veo ningún enigma en todo eso —objetó Catherine.

Berthier sonrió. Me tendió uno de los ejercicios.

—Sinceramente, profesor, ¿le hubiera puesto un cero a este alumno?

Cogí el folio y lo recorrí con la vista. Redactado en un francés casi indigente, estaba además repleto de faltas.

—Un dos o un tres —dije, devolviéndoselo—. Pero yo no soy especialista en historia de Francia.

Solo conozco bien a los etruscos y un poco menos a los egipcios...

—Lo que hay que oír —refunfuñó Catherine.

Berthier me sonreía, con un aire cada vez más estúpidamente satisfecho.

—¿No hay nada que le intrigue? Yo le creía dotado de una intuición paranormal... ¿No nota nada?

Un poco humillado, volví a coger el trabajo. No había ninguna corrección. Solamente esa nota en tinta roja.

Negué, a mi pesar.

—Me doy por vencido...

—No es tinta —dijo el inspector en un murmullo—, es sangre humana.

Catherine, que sostenía la tetera, se sobresaltó y volcó el té sobre la mesa.

—¿Sangre?

—Nuestros laboratorios lo han confirmado —continuó Berthier, explayándose en lo macabro—. Ese color rojizo que parece agrietado es de sangre. Todos los deberes han sido calificados con sangre humana. ¿Qué piensa de esta... broma, señor Hazard?

—Me parece difícilmente imputable a alumnos de tercero. ¿No estará el profesor un poco desequilibrado?

—Acaba de sufrir una depresión nerviosa —admitió el inspector—. Está en una clínica de reposo.

Catherine se echó a reír:

—¡Ahí lo tiene! Se ha vuelto loco. Él mismo habrá corre...

—Permítame que la interrumpa, señorita Roque.

El inspector metió la mano en la bolsa de cuero y sacó otro ejercicio.

—Estos son unos deberes de francés hechos después de que se fuera el profesor de historia, por un alumno de primero.

Una nota destacaba en rojo sobre el papel: 20/20.

—La profesora de francés, la señora Zagulon, encontró este ejercicio en su propia cartera, mezclado con los otros y ya corregido.

—¿Se han encontrado huellas en el papel? —pregunté, súbitamente impresionado.

—Las del alumno y las de la profesora.

—¿Y no será que esa señora Zagulon se ha entretenido en...?

No terminé la frase. ¿Por qué razón una persona sensata se pondría a corregir los deberes con sangre?

—El director de esa institución privada, el señor Agnelle, desea que este asunto se aclare —continuó Berthier—, pero quiere que la investigación se haga discretamente. Puede que los padres no encontrarán muy divertida la broma...

—¿Sospecha usted de alguien? —le preguntó Catherine, que no dejaba de temblar de tanto que le excitaba el asunto.

—Me inclinaría por un alumno de cuarto —respondió el inspector—. Tienen unos cuantos buenos elementos en Saint-Prix. Pero no tengo pruebas. Habría que infiltrarse allí y pillar al bromista con las manos en la masa.

Me miraba con insistencia.

—Alguien que vaya a sustituir al profesor de historia, por ejemplo... Nadie sospecharía. ¿No enseña usted historia en la Sorbona, profesor?

—¡Los etruscos, sobre todo los etruscos!

—Y un poco los egipcios —completó maquinalmente Catherine—. Yo, por mi parte, puedo entrar de conserje o algo así en Saint-Prix.

—Catherine —dije severamente—, te suplico que te quedes fuera de esta historia. Una chica joven no debe correr riesgos innecesarios...

Catherine parpadeó, con las manos en el pecho, fingiendo un arrebatado de admiración amorosa.

—¡El machismo te pone tan sexi, Nils!
Después de haberme dejado KO, se volvió hacia el inspector:

—Todo OK. El señor Hazard inflamará todos los corazones de Saint-Prix... por la etruscología, y, mientras tanto, yo encontraré al culpable.

Después del té, acompañé al inspector a la salida. Berthier se balanceó un momento de una pierna a otra, con el sombrero en la mano.

—Entre nosotros —soltó de repente—, ¿es su secretaria o su chica?

Un punto de envidia celosa se percibía en su voz. Tuve un gesto de indignada negación.

—¿Catherine? Pero si es muy joven para mí.

—Eso pensaba yo —murmuró Berthier, con tono de consuelo.

Bajó los dos escalones, ajustándose el sombrero.

—¡Oh, inspector!

Se volvió. Yo le guiñé el ojo:

—Pese a todo, sí que es mi chica.

—¿Qué le contabas al inspector? —me preguntó Catherine.

—Nada, nada... ¿Qué llevas en la mano?
—Berthier se ha dejado el ejercicio de francés. Lo dejó sobre mi mesa, cerca del ordenador, y se puso a recoger las tazas. La miré hacer, preocupado. ¿En qué historia quería embarcarme ahora?
—No tengo ningunas ganas de dar clase a niños —refunfuñé.

—Los apasionarás con tus chismes etruscos. Te tomarán por Indiana Jones.

—No me gustan los niños.

—Pues siempre les hablas con mucho cariño.

—Solo si están en una jaula —repliqué, con una mueca de disgusto—. Esos animalitos están vivos. Y estoy seguro de que eso es contagioso.

Catherine se echó a reír y me lanzó un cojín.

—¡Eres idiota! Me largo.

—¿Para ir a perderte adónde?

Catherine arrugó la nariz. Es su mueca favorita para burlarse de mí:

—Ah, misterio, misterio.

Cogió su chaqueta:

—¡Hasta mañana, señor Hazard!

Suena un portazo. Catherine baja por la escalera. Ya está en la calle. Me acerco a la ventana y apoyo

la frente en el cristal. Ella corre por la acera de enfrente, sin preocuparse siquiera de esquivar los charcos. Está a punto de doblar la esquina del café.

Ya está. Ha desaparecido de mi vista. El día llega a su fin. No me gusta nada esta hora incierta del crepúsculo. Me llegan recuerdos desde el fondo de la infancia, recuerdos que no son ni felices ni infantiles.²

Abrí el cajón y saqué el abrecartas de su estuche. Punzante y afilado: es un regalo de Catherine. Tendríamos que casarnos. Pero si soportamos mal estar lejos el uno del otro más de dos días, soportamos aún peor estar juntos más de veinticuatro horas. Me senté a la mesa suspirando y apoyando la frente en los puños. El crepúsculo trastorna a los espíritus inseguros...

Mis ojos cayeron entonces sobre el ejercicio de francés, junto al ordenador. Una frase acababa de embestirme: «Vamos a jugar al asesino». Cogí el trabajo y me puse a leer:

2. ...y que se cuentan en *Cazadores de enigmas* (Algar Editorial).

Claire Delmas,

Martes, 12 de noviembre de 1991

1.º B

Redacción

Tema: «Has sentido una fuerte emoción. Explica en qué circunstancias» (máximo una página).

Martine me había invitado a su cumpleaños. Después de jugar a las sillas musicales, la señora Maréchal, la madre de Martine, nos dijo que nos fuéramos a la habitación. Martine cerró la puerta:

—Ahora vamos a jugar al asesino.

Es un juego estúpido. Se distribuyen unos papeles plegados en cuatro en los que está escrito «inspector», «asesino» o nada.

Cada uno coge un papel y el inspector sale de la habitación. Después se apagan las luces. En la oscuridad, el asesino avanza y, cuando encuentra a alguien, lo apuñala. La víctima suelta un grito que pone los pelos de punta.

El asesino se aparta y el inspector entra gritando:

—¡Policía! ¡Que no salga nadie!

Vuelve a encenderse la luz. El inspector interroga a todo el mundo y tiene que adivinar quién es el culpable. Es un juego que da mucho miedo porque tienes que estar esperando en la oscuridad. Se oye un crujido, una respiración. Alguien te roza

y después llega el golpe fatal. A mí me mataron tres veces. Creí de verdad que iba a morir, de tan fuerte que me latía el corazón. Al marcharme, le di las gracias a la señora Maréchal. Le dije:

—Me encanta jugar al asesino.

Mi compañera se rio y me dijo:

—A ti te asesinan siempre.

—Extraño —murmuré, dejando el trabajo.

Había obtenido 20/20 en cifras de sangre.

¿Quién era Claire Delmas?

Esa noche, cuando dejé caer la cabeza en la almohada, una frase me taladraba el cerebro: «A ti te asesinan siempre», y no podía sacármela de ninguna manera.

Una corriente de aire glacial atravesaba de parte a parte la llanura de Queutilly como una puñalada. Por la ventana de Saint-Prix se veía el río Doué, que corría hacia el mar entre dos hileras de álamos. El sol, esa mañana, hacía crujiir el hielo en las ramas desnudas de los árboles.

—El invierno será riguroso —comentó el señor Agnelle a mi espalda.
Me volví.

—Espero no haberle hecho esperar demasiado, señor Hazard. Siéntese... ¿Admiraba el paisaje?

Una vez sentado tras su mesa, el director de Saint-Prix me observó intensamente.

—Creo que no he acabado de entenderlo del todo —me dijo—. ¿Usted es de la policía o de la universidad?

—Digamos que soy como usted.

—¿Es decir?

—Un detective privado.

Una especie de sonrisa torció la boca del director. Los rasgos de su cara estaban tan alterados que casi esperaba ver cómo se le desplazaban los huesos bajo la presión de oscuras placas tectónicas.

—Por descontado —prosiguió—, nadie está al corriente. Para todo el mundo, usted es el sustituto del señor Copa, nuestro desgraciado profesor de historia. Por cierto, ¿podrá asumir sus clases?

Yo ignoraba incluso el contenido de los programas.

—Desde luego —dije.

El señor Agnelle levantó entonces la vista hacia el techo, en busca del sermón que iba a soltarme.

—La bondad, señor Hazard, no es la característica dominante de la juventud. Vengan o no de familias acomodadas, la mayoría de los jóvenes de

Saint-Prix carecen de referentes y de valores. Los últimos acontecimientos me han apenado, pero no han acabado de sorprenderme. Hay que esperarse eso y cosas peores.

Me miró para saborear el efecto de su preámbulo. Le hice un ligero gesto de ánimo con la cabeza. «Continúa, esto se pone interesante».

—No me hubiera resignado a recurrir a sus ser-vicios —prosiguió— si no hubiesen deslizado esta... porquería por debajo de mi puerta.

Alargando el brazo, me tendió un papel en el que estaba escrito en letras mayúsculas:

«AGNELLE, YA TE HAS LLENADO BASTANTE

LOS BOLSILLOS.

TUS DÍAS ESTÁN CONTADOS.

TEN CUIDADO».

—Es un anónimo —continuó Agnelle—. Pero, en cierta manera, está firmado. Es el *estilo* de los de cuarto A.

Arrugó el papel en el puño.

—Tenemos una clase de cuarto en la que recogemos a todos los alumnos que los institutos de la región ya no toleran. Ya se imaginará que se trata de lo peor de cada casa.

Hablaba con una mueca de desagrado en los labios.

—Los padres nos piden que llevemos a esos jóvenes hasta la graduación...

Se echó a reír.

—¡La graduación! ¡Cuántos de entre ellos son realmente recuperables? Si salvamos a diez de cada veinte alumnos, creo que habremos hecho nuestro trabajo. Pero los otros diez... También el diablo ha de tener su parte, ¿no es verdad?

—*Fifty fifty*³ —dije tranquilamente.

En ese momento se oyó una algarabía en el pasillo.

—¡Señor director! ¡Señor director!

La puerta del despacho se abrió. Era Lucien, el conserje, un poco simple, seguido de un vigilante.

—¡Un accidente! —exclamó Lucien.

Nosotros nos levantamos a la vez.

—Ha saltado por la ventana —balbuceaba el conserje—. Ha sido una suerte. No se ha matado.

En el patio se había organizado un tumulto que el director atravesó brutalmente, agarrando a

3. En inglés en el original: 'Al cincuenta por ciento'.
N. de la T.

los chicos por el cuello de la camisa y apartándolos a un lado.

—¿Qué pasa aquí, señor Rémy?

Un tipo fornido de sonrisa relajada ayudaba a una alumna a ponerse de nuevo en pie. La chica lanzó un grito de dolor.

—Es el tobillo —dijo el señor Rémy—. Esguince o fractura. Voy a llevarla a la chiquilla, una rubia

Levantó sin esfuerzo a la chiquilla, una rubia con las pestañas casi blancas.

—Pero, bueno, alguien va a explicarme... —empezó Agnelle, con tono de irritación.

De las explicaciones confusas del conserje, resultaba que la chica había saltado deliberadamente al patio desde la ventana de los lavabos, en el primer piso.

—¿Qué voy a decirles a sus padres? —murmuró el director.

Entonces se acordó de mi presencia y añadió:

—Discúlpeme, señor Hazard, tengo que ir a llamar por teléfono. De hecho, esa chiquilla será alumna suya. Claire Delmas, primero B.

Me dejó en medio del patio, atrapado en un torbellino de pensamientos. Claire Delmas, 20/20, «vamos a jugar al asesino».

—¿La enfermería, por favor?

Siguiendo las indicaciones siempre confusas del conserje, subí por la escalera de mármol hasta el piso de arriba y tomé el pasillo de la derecha hacia la puerta de cristal. Estaba entreabierta.

—¿Por qué has hecho esto? —decía una vocecilla aflautada.

—Porque estaba detrás de mí, estoy segura —respondió una voz más grave.

—¡Aun así, es una locura saltar por la ventana!

—Ni lo he pensado. Ya no podía más... Hay alguien.

Se habían dado cuenta de mi presencia. Las dos voces callaron. Llamé a la puerta y la empujé.

—¡Buenos días! ¿Estás mejor?

Claire estaba sentada en un diván, el tobillo derecho vendado y apoyado sobre un cojín. Me miró con desconfianza.

—Soy vuestro nuevo profesor de historia —me presenté.

—Buenos días, señor —dijeron educadamente las jovencitas.

Intuí en seguida que las dos preferirían ser cortadas en rodajas por el destripador de Boston antes que relacionarse conmigo.

—Espero que no sea nada grave —añadí, pesa-roso.

—El profesor de educación física me ha dicho que es un esguince.

—¿Por qué has saltado por la ventana?

Claire me miró como si le hubiera hecho la pregunta más estúpida que había oído nunca.

—No lo sé —respondió entre dientes.

Como la visita a la enfermería me había retrasado, me encontré a la clase de primero B armando alboroto en el pasillo. Mi voz retumbó:

—¡Silencio!

Desconcertados, los chavales me miraron. Empezaba el combate cuerpo a cuerpo.

—Entrad...

Mientras ocupaban sus sitios, los alumnos arrastraron el barullo habitual, arrastrando una silla, tirando un libro o dándose empujones. Tenía ante mí a niños de pañales. ¿Qué podría hacer con «aquello»? Un chico de gafas redondas puso sobre mi mesa la agenda del profesor y el cuaderno de asistencia.

—¿Eres el delegado?

—No —me respondió—, la delegada está en la enfermería.

—Ah... Claire Delmas.

—No. Martine Maréchal.

—Y tú, ¿eres?

—El barón Von Gluck.

La marea de risas que celebró su respuesta provocó en mí una oleada de cólera. Aunque mis alumnos de la Sorbona me consideraran un bicho raro de otro mundo, jamás se mostraban irrespetuosos. Ese crío de ojos vivos se burlaba de mí abiertamente. Mi primera reacción hubiera sido darle una bofetada que lo hiciera tambalearse, pero me acordé a tiempo de que soy profesor y que, por lo tanto, no podía hacer nada.

—Ve a tu sitio.

Me senté sobre la mesa, con las piernas colgando.

Tras los altos ventanales del aula, el sol subía al asalto del cenit. Fijando en él la mirada, empecé la clase:

—Cuando habitaba en la Tierra, en su castillo de Heliópolis, el dios Ra abría los ojos cada mañana, y eso era el alba. Al mediodía, era el gavián de oro que planeaba hacia el cenit. Por la tarde, de regreso a su castillo, el dios Ra cerraba los ojos y eso era la noche.

Cegado por la luz, volví a mirar a mis alumnos. ¿Era posible que se hubieran callado? Yo, por mi parte, estaba en otro mundo, sobre la barca del dios Sol.

—En un día, Ra recorría todas las provincias de la Tierra repartiendo justicia entre los hombres,

aliviando su miseria y distribuyendo a cada uno fórmulas mágicas o talismanes para ahuyentar a las serpientes, a las bestias salvajes, a la enfermedad y a los malvados.

El silencio se instaló definitivamente en la clase, un silencio de oro en el que tintineaban mis palabras. Con la boca, los ojos y el corazón bien abiertos, mis niños bebían de la fuente de la historia.

—A fuerza de dar a todos y a cada uno, el dios Ra solo se reservaba un talismán para protegerse. Era el nombre que su padre y su madre le habían atribuido cuando nació, el nombre secreto que solo él conocía y que mantenía escondido en su pecho, por miedo a que algún hechicero se apoderara de él. No se puede hacer daño a un ser vivo si no se conoce su nombre secreto, su nombre verdadero, el nombre que todos guardamos en nuestro interior y que no debe revelarse jamás.

Cuando sonó el timbre, el chico de las gafas levantó la mano:

—Señor, se ha acabado.

—¿Acabado? —repetí, medio aturdido.

—Sí, la clase. Se ha acabado.

Todos los rostros estaban vueltos hacia mí, cautelados. Profesor de historias... ¿por qué no?

—Hasta la próxima —dije simplemente.

—¡Adiós, señor! —me contestaron ellos, a media voz.

El chico de las gafas se plantó ante mi mesa:

—¿Cómo se llama?

—Nils Hazard.

Los alumnos se echaron a reír. «Nils Hazard» suena a falso.

—¿Se guarda su nombre verdadero? —me preguntó el chico.

—Eso es, barón.

—Me llamo Térrence, pero no me gusta.

Se alejó, con los cuadernos bajo el brazo. Mi mirada volvió a la ventana. El sol me guiñó el ojo entre las nubes.

—Hasta la próxima —le dije en voz baja.

Quise tomar posesión de mi taquilla en la sala de profesores. Ya estaba etiquetada con mi nombre. Deposité en su interior algunos libros.

—Entonces, ¿qué le parecen nuestros chicos de primero B? —dijo una voz empalagosa detrás de mí—. Pero permítame que me presente primero: soy la señora Zagulon, la profesora de francés. De la sorpresa, me quedé mudo.

—¿Es usted el nuevo profesor de historia? —insistió la señora Zagulon.

No había visto nunca un cuadro igual: dos centímetros de base de maquillaje en la cara para rellenar las arrugas, la paleta de un arco iris iluminando los párpados y una boca de vampiro dibujando un corazón grasiento.

—No tendrá problemas con los de primero —repitió, sin extrañarse de mi silencio—. A esa edad aún se puede con ellos. Los terceros son duros, este año, sobre todo el tercero A. Desvergonzados, burlones. Y las chicas son las peores. Son tan irritantes los adolescentes, siempre riéndose a tus espaldas. Ellas han destrozado a su colega, ese pobre señor Paco... Coca... No me acuerdo del nombre.

Todas las palabras pasaban por esa boca aceitosa y salían sucias, inevitablemente.

—Tendrá que protegerse —susurró—, o le devorarán.

—¿Me encuentra comestible hasta ese punto? —me inquieté.

Para ella no era un problema, puesto que debía de pesar el triple que yo. La saludé con una inclinación de cabeza:

—Disculpeme. Tengo clase...

Mi horario indicaba: «Geografía, aula 104». Amo la historia con pasión, pero entre la geografía y yo no hay más que un matrimonio de conveniencia. Esa mujer me aburre con su climatología, su hidrografía, su geomorfología y todas sus enfermedades agotadoras.

—Entrad —dije en tono distraído a mis alumnos, como un médico haría con sus pacientes.

Algunas risas me hicieron reaccionar. Eran los de tercero A. Buscando con una mirada de reojo la debilidad bajo mi coraza, estaban ya a punto de inventarme un mote grotesco.

—La puerta está cerrada —anunció un pelirrojo. Yo tenía la llave del aula 104, que iba a ser mi aula principal. Los alumnos se apartaron a mi paso. Metí la llave en la cerradura. Un coro de risas me advirtió de que iba a ponerme en ridículo. Me palpé la chaqueta y saqué del bolsillo interior el abrecartas afilado de Catherine. Gracias a él, pude quitar de la cerradura la escayola que la obstruía. Miré al pelirrojo:

—Quince-cero.

Y giré la llave. Demasiado pronto me creí que los había impresionado.

—¿Por dónde vais con el programa de geografía? —le pregunté a una chica de la primera fila.

Era muy morena de piel y de cabello. Supe después que era iraní y que se llamaba Naéma.

Bajó los ojos, murmurando:

—No lo sé.

Se habían dado la consigna: ningún contacto con el enemigo. Los buenos alumnos, entre los que se encontraba Naéma, se atenían a ella por miedo a ser tachados de pelotas.

—Muy bien, estudiaremos la demografía de los países de la Europa del Oeste —dije suspirando, a mi pesar.

El aula estaba en penumbra de tanto que se había oscurecido el cielo. Las ráfagas de viento hacían vibrar los cristales.

—Enciende las luces —le pedí al pelirrojo.

Jules Sampan —ese era su nombre— asumió un aire de dignidad ofendida y se acercó al interruptor. Empecé la clase con tanto entusiasmo como si acabara de ser condenado a galeras. Los alumnos de la primera fila me miraban con ojos de cordero degollado; los de atrás empezaban a alborotarse.

—¿Nunca tomáis apuntes? —le pregunté a Naéma.

—No sabemos.

—Entonces copiaréis a mi dictado —dije, ahogándome de rabia.

La clase se alborotó al sonido de «¿Tienes un boli? ¿Tienes un folio? ¡Pásame un cartucho de tinta!». Cinco minutos después, dictaba la clase, volviéndome de vez en cuando hacia la pizarra para escribir algún dato. A mi espalda, oí de pronto un «¡banzái!» claramente pronunciado; después se apagaron las luces y algunas chicas profirieron un grito agudo.

—¡Se ha ido la luz, señor!

—Gracias. Me había dado cuenta.

Acabé la clase en la oscuridad y en medio del jaleo. La rabia, como un hierro candente, me quemaba la nuca.

Tenía ganas de coger a un alumno, no importa ba cuál, y estrellar su cabeza contra la de Sampan. El timbre vino a salvarme. Sin una mirada, sin un saludo, los de tercero A se lanzaron hacia la salida. Jules, pasando ante mí, dejó caer al aire:

—¡Quince-treinta!

Por la ventana del aula 104 veía a mis alumnos alejarse por el patio, los chicos, hinchándose a puñetazos, las chicas, hinchándose a golosinas. Las palabras del director me vinieron a la memoria: «La bondad no es la característica dominante de la

juventud...». ¿Un chico como Sampan sería capaz de mojar su pluma en sangre humana?

Llamaron a la puerta.

—¿Le molesto? Alban Rémy. Soy el profesor de educación física.

¡Por fin una cara sonriente! Nos dimos la mano.

Era el joven que había llevado a la pequeña Delmas a la enfermería.

—No recibimos demasiado bien a los recién llegados a Saint-Prix —me dijo.

—Solo estoy aquí como sustituto. Daré pocas horas de clase, los jueves y los viernes.

Tuve ganas de revelar la verdadera razón de mi presencia en el instituto, pero él mismo tocó el tema:

—¿Ha ido a ver a la pequeña Claire a la enfermería?

¿Le ha dado alguna explicación de...?

—Ninguna.

Alban Rémy frunció las cejas, pero se esforzó en adoptar un aire despreocupado:

—Alguna pena de amor... o algo igualmente estúpido. Los jóvenes tienen sus pequeños secretos.

Estaba a punto de decirle: «Soy cazador de enigmas», cuando me tendió la mano:

—Bueno, le dejo. ¡Buena suerte!

Había decidido alojarme la noche de los jueves a los viernes en el Hotel León de Oro de Queutilly. Desde mi habitación llamé por teléfono a Catherine, que, sabiamente, se había quedado en París.

—Entonces, ¿qué?

—Que pronto habrá un crimen en Saint-Prix, y el asesino seré yo.

Pude por fin repasar todos los sinsabores del día, hablar de la ogresa Zagulon, del simple del conserve, de Mefistófeles, el director, del odioso pelirrojo y de la impenetrable Claire.

—Solo faltas tú para acabar de sacarme de quicio —dije, en conclusión.

La voz de Catherine me llegó, cálida y estremeceadora:

—Vuelve pronto a París, mi querido asesino.

—Tú ganas —refunfuñé—. Ahora no podré pegar ojo en toda la noche.

Diez minutos después, ya dormía.

Mi primer pensamiento de la mañana fue para el barón Von Gluck y la clase de primero B. ¿Vería a salirme bien el juego del encantador de serpientes?

—Hoy toca geografía —me dijo Térrence, poniendo la agenda sobre mi mesa.

—No daremos más geografía.

Después del tiempo que llevo soportando a esa mujer, está decidido: nos divorciamos. Los chavales pusieron unos ojos como platos.

Les debía una explicación.

—No me gusta la geografía.

Esa confesión me dolió menos de lo que me temía.

—A nosotros tampoco —dijeron a coro los de primero B.

Térrence me dejó la agenda abierta por la página del día y después se eclipsó, dejándome solo para enfrentarme a mi descubrimiento. Un montón de papeletos plegados en cuatro acababan de inundar mi mesa. Abrí uno. En letras mayúsculas, estaba escrito:

«MI NOMBRE SECRETO ES
PROFESOR ARTHUR LEROY».

Cogí otro:

«MI NOMBRE SECRETO ES
PHILIPPINE DE MÉRICOURT».

Todos los alumnos se habían atribuido una nueva identidad y esperaban, agitados, mi reacción.

—Que esto quede entre nosotros —dije, cerrando la agenda.

Después me senté sobre la mesa, con las piernas colgando. El sol que entraba por la ventana derramaba su luz sobre mí.

—Aquel día —empecé—, el dios Ra se enteró del nacimiento de su bisnieto y lo llamó a su palacio para educarlo como su heredero. Osiris era su nombre, y la desgracia, su destino.

Philippine de Méricourt, Arthur Leroy y el barón Von Gluck siguieron, durante una hora, la barca del dios Ra.

Después, con los ojos brillantes, me saludaron y se marcharon rozando de pasada mi mesa, mi cartera o mi rodilla. En la clase desierta, desplegué uno por uno todos los papeletos.

«MI NOMBRE SECRETO ES
DÉSIRÉ SAINT-PHALLE».

«MI NOMBRE SECRETO ES
BILLY MAC FARLANE».

Mi impaciencia crecía. Había tantos papeles como alumnos, pero el nombre del barón Von Gluck no aparecía en ninguno de ellos. El último papel me congeló la sonrisa:

«MI NOMBRE SECRETO ES
EL MANÍACO DEL CRIMEN».

Dirigí la vista a la ventana. Corriendo bruscamente sobre él una cortina de nubes, el dios Ra había desaparecido.

EL SEÑOR DE SAINT-PRIX

Tenía un hueco de una hora en mi jornada. Decidí emplearlo en visitar el instituto hasta sus rincones más recónditos. El plano de Saint-Prix es muy simple. El portal monumental de la entrada, sobre el que vela el conserje desde su garita, se abre sobre un vestíbulo glacial abarrotado de carteles.

Es allí donde puedes enterarte de que «Axel, de 3.º A, vende guitarra. Precio a convenir» y de que «El club de teatro funcionará a partir de enero; inscripciones al señor Faure». El vestíbulo comunica con la galería porticada que rodea todo el patio y que confiere a Saint-Prix un falso aspecto de monasterio.

El edificio en piedra tallada se compone únicamente de planta baja y dos pisos. En la planta baja está el patio, el comedor, una sala de permanencia y un centro de documentación e información. En el primer piso están las aulas, el laboratorio de idiomas, la enfermería y la sala de profesores; y, en

el segundo piso, las habitaciones de los internos, las oficinas de administración y el apartamento del director. El terreno deportivo se encuentra en medio de los campos, no lejos del río Doué, y los alumnos siempre acuden acompañados. Todas las entradas y salidas son filtradas por el conserje, que tiene una capacidad intelectual limitada, pero posee, por otra parte, una vista excelente. Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, el gracioso que había forzado la taquilla del profesor de historia y corregido los ejercicios con sangre solo podía ser alguien del instituto —lo que me dejaba con unos doscientos ochenta sospechosos entre manos, muchos más de los que admite habitualmente mi colega, Hércules Poirot.

He olvidado en mi informe esa encrucijada de caminos, ese centro neurálgico que representan los váteres en cualquier establecimiento. Cuando iba a subir al segundo piso, después de haber dado un vistazo a todas las aulas, oí un grito espantoso que parecía provenir de los lavabos. Corrí hacia allí y empujé la puerta entreabierta. Dos críos se lavaban las manos. Reconocí a Térrence y a Martine Maréchal.

—¿Habéis gritado vosotros? —pregunté.
Se miraron el uno al otro, poniendo una cara de enorme sorpresa.

—¿No habéis oído un grito?

Térrence se volvió hacia la pequeña Maréchal:

—¿Tú has oído algo?

—No...

Pero los dos tenían una cara de excitación contenida que decía mucho más que ellos. Les dejé caer encima todo el peso de mi mirada... sin efecto aparente. Al volver a levantar la vista hacia el espejo que había sobre los lavabos, vi mi silueta delgada y mi pálida fisonomía. Más vale admitirlo de una vez: no resulto impresionante. Me encogí de hombros.

—Qué le vamos a hacer —solté mientras me marchaba—. Si cambiáis de idea, ya sabéis que podéis hablar conmigo.

—¡Sí, señor! —exclamaron calurosamente.

Inspeccioné por última vez los alrededores. No había nadie.

Subí, pues, al segundo piso. Me había enterado de que las habitaciones de los internos no estaban cerradas con llave. Había una decena, todas semejantes, con dos o tres camas metálicas, mesillas de noche, sillas de paja y, por encima de todo eso, un olor a lejía que resultaba de lo más deprimente. Maquinalmente, abrí un cajón de una de las mesillas de noche. Había mil pequeños tesoros allí guardados, una baraja, chicles y pins. Un poco

avergonzado, volví a cerrarlo. Sin embargo, si quería conocer la cara oculta del instituto, no podía permitirme tener tantos escrúpulos.

Abrió otro cajón. Su contenido me pareció más original: una navaja suiza, un pequeño playmobil, *La llamada de la selva*, de Jack London y... me estremecí. Detrás de un juego de dados de baquelita, había una botella de cristal llena de un líquido rojo. La cogí. Sobre la etiqueta, una mano infantil había escrito: «Curare». Un ruido de pasos en el pasillo precipitó mi decisión. Me guardé la botella en el bolsillo del abrigo y busqué con la vista una salida. Solo había una: el cuarto de baño.

—Ven, no hay nadie —dijo entonces una voz juvenil.

—¿Estás seguro? —preguntó tímidamente una chiquilla.

—Los de primero B tienen clase. No nos molestará nadie. Entonces, ¿estamos de acuerdo en la cita?

Detrás de la puerta del baño, me sentía como si fuera de la Brigada Antivicio. ¿Quiénes eran esos dos jóvenes clandestinos?

—Si se entera mi padre, me mata...

—¡Pero si me dijiste que podías salir de noche sin que se enterara!

La chica suplicó:

—Sí, pero no mucho tiempo.

—A las diez de la noche, el jueves que viene, delante del Carro de Vela. Es lo menos que puedes hacer por mí. Yo también me arriesgo.

Algo me decía que conocía a ese gallito.

La curiosidad pudo más que la prudencia y empujé ligeramente la puerta del baño. ¡Banzái! El odioso pelirrojo tenía agarrada la mano de la pequeña iraní y yo... yo tenía mi venganza.

Pero, por el momento, preferí no intervenir. Jules estaba sentado en una cama, al lado de Naé-ma. Sin duda, iban a pasarse una hora mirándose a los ojos.

Examiné el baño. La ventana entreabierta me invitaba a poner los pies en polvorosa. Se podía pasar de esa ventana a otra que también estaba entreabierta.

Calculé mentalmente el trayecto: un paso, dos...

—Es factible —murmuré.

Me subí al radiador y después, de pie sobre el alféizar de la ventana, miré hacia el patio. Si a algún alumno se le ocurría levantar la cabeza, me vería jugando a las acrobacias. La suerte estaba echada... Adelanté un pie, con una mano clavada al marco de

la ventana. Después, agarrándome al voladizo de la fachada, lo desplacé. Un breve instante de desequilibrio y ¡hop!, había llegado al estrecho alféizar de la otra ventana. Deslicé la mano por la abertura. Ay, no llegaba al picaporte. Tenía que romper el cristal para poder entrar. Rápido, estaba a punto de caerme. Crac.

El cristal se rompió y alcancé el picaporte. Salté sobre el pavimento del cuarto de baño. Salvado.

—Eres idiota —balbuceé, conteniendo con las dos manos los latidos de mi corazón—. ¡No vuelvas a hacer eso nunca más!

Como diría Catherine, necesito de vez en cuando una descarga de adrenalina. Pero esta vez había sobrepasado la dosis prescrita. Salí de la habitación tambaleándome.

Decidí recuperarme de tantas emociones haciendo un recorrido por la sala de alumnos, nombre muy ambicioso para un local en el sótano que contenía una mesa, dos bancos y una butaca desfondada. Alguien rasgueaba negligentemente una guitarra, cubriendo a medias las voces de los otros.

—«¡Muerte a los idiotas, muerte a los capullos!» —se desgañitó de pronto uno de los presentes.

Los demás rieron. Me aplasté contra la pared y contuve el aliento.

—Muy bueno —dijo un chico—, «¡suelta esa pasta, lo que no es tuyo, muerte a los idiotas y muerte a los capullos!».

—Y seguimos —dijo otro—, «quien roba a uno, roba a ciento, te pudrirás en el talego. La pasta está sucia, suéltala ya, o la poli te pescará...».

—Apesta a moral, vuestro rap —dijo una voz nasal—. Parece que esté oyendo a Agnelle.

El nombre del director hizo estallar un enorme griterío:

—¡Culo, culo, Agnelle tiene los calzoncillos vacíos! ¡Culo, culo, Agnelle no tiene pilila!

Todos llevaban el ritmo golpeando la mesa.

—¡Venga, bocazas, que así no avanzamos! —dijo uno de los chicos—. Para la primera estrofa propongo: «Los dados ya han rodado y tú estás expulsado de la silla musical de la selección social...».

—¡Uf! ¡Demasiado intelectual!

—Es que el rap es intelectual, idiota.

De repente, el jaleo estalló de manera imprevisible:

—Culo, culo, no tiene nada...

Desgraciadamente, había una razón para ese nuevo escándalo. Lo entendí demasiado tarde. La

luz eléctrica del pasillo proyectaba mi sombra ante mí. Era ella la que me había traicionado. Uno de los chicos se había deslizado hasta la puerta del local y acababa de atraparme por el cuello de la chaqueta. Me lanzó en medio de los otros.

—¡Ahora tenemos espías en Saint-Prix! —gritó la voz nasal.

Me encontraba en medio de seis jóvenes de tercero A acompañados por su musa, Marie Le-mercier, también llamada Marie Baston.

—Los espías que siguen nuestros pasos no duran mucho tiempo por aquí —me explicó esa encantadora criatura.

—Estáis metiendo la pata, puede ir a chivarse —intervino una voz suplicante.

Un séptimo chico, eclipsado hasta ese momento por los demás, estaba sentado en la butaca, con un cuaderno en las rodillas y el bolígrafo en la mano.

—¡Cállate la boca, Alcatraz! —mandó el chico de la guitarra—. Trabaja.

Después se volvió hacia mí:

—Vale, y tú, ¿qué? Pasabas por aquí, has visto luz y te has dicho...

Exasperado por el tuteo, le interrumpí:

—... Y me he dicho: «Esos tienen que ser mis futuros alumnos de cuarto... ¿y si fuera a saludarlos?».

Un cubo de agua fría cayó sobre la cabeza de los ocho escolares.

—¿Qué? ¿Eres...? ¿Es usted el nuevo profesor? —balbuceó el guitarrista.

—Puedes creerlo.

Nos miramos unos a otros, todos incómodos. La autoridad que yo pudiera tener sobre esos jóvenes me parecía definitivamente comprometida.

En cuanto a ellos, debían de temer las represalias.

—Es que este es territorio de los alumnos —me explicó el guitarrista.

—Nuestro territorio —precisó Marie Baston—. Los demás no vienen por aquí.

—Espero que no le diga nada al director —suplicó el chico que trabajaba.

—¡Cállate la boca, Alcatraz!

El bruto de la voz nasal dejó caer una lluvia de capones sobre la cabeza de Alcatraz, repitiendo sin parar:

—Y trabaja, trabaja, trabaja.

Después, con la voz cargada de una fría ironía, añadió para mi conocimiento:

—Su madre me ha encargado que lo vigile.

Sacudí la cabeza, sin saber cómo batirme en retirada.

—Bueno... os veré en seguida en clase.

Hice una breve tentativa de seducción:

—Me llamo Nils. Nils Hazard.

Mis ojos azul noche, mi artificial sonrisa, nada funcionó.

Ninguno de ellos se inmutó.

Una última mirada a Marie Baston acabó de desmoralizarme. Era evidente que pensaba: «Aún más estúpido que el otro; estás muerto».

A las diez, volví a encontrarme con ellos en el aula 104. Pasando lista, descubrí que el de la voz nasal se llamaba Antoine Boussicot; el guitarrista, Axel Rémy, y Alcatraz, Juan Rodríguez. En principio, tenía que darles una clase de geografía, pero no había tenido tiempo de abrir ni un libro de cuarto.

Acabé por sentarme sobre la mesa, con las piernas colgando:

—En aquel tiempo —empecé—, Isis, la servidora del dios Ra, decidió sonsacarle su nombre secreto para tener completo poder sobre él. Y así fue como ella...

—¿Qué son esas tonterías? —me cortó la voz nasal. Lancé una mirada desesperada a la ventana. Por desgracia, el Señor Ra me había abandonado. Boussicot era el Señor de Saint-Prix.

—Escucha —le dije a Antoine—, o me dejas en paz o denunciaré lo que cantas sobre Agnelle.

—¿Es un chantaje? —saltó Boussicot.

—Un pacto.

Toda la fealdad del mundo pareció concentrarse por un momento en aquel rostro delgado y con los ojos inyectados en sangre.

—Bueno, sigue con tu sirvienta —dejó caer Boussicot—, espero que sea una historia guarra.

Los alumnos abrieron unos ojos estupefactos y un poco asustados. Ningún profesor, ni siquiera aquel al que habían arrastrado a la depresión, había tenido que soportar nunca semejante humillación. Su malestar era tal que me dejaron contar mi historia sin alborotar demasiado.

—Genial —concluyó Boussicot—. ¿Y la de Capucita Roja? ¿La conoces?

Salté de mi pedestal:

—¿Y mi puño en tu cara? ¿Quieres conocerlo?

Una voz nos advirtió:

—Viene la Zagulon.

Boussicot me tendió su libro de geografía:

—Da la clase. Viene a controlarte.

Abrí el libro por la página 47 y arranqué con el comentario de un mapa. Toc, toc, toc.

—Sí, adelante.

La Zagulon asomó su emperifollada cabeza por el hueco de la puerta.

—Disculpe, señor Hazard, ¿tendría una tiza verde para prestarme?

—Eh... Sí, aquí tiene...

Sus ojos ávidos me recorrieron de los pies a la cabeza.

—¿Va todo bien? —me dejó caer.

—De maravilla.

—Si tiene algún problema, estoy aquí al lado.

Aula 106.

Volvió a cerrar la puerta.

Fui a dejar el libro en la mesa de Boussicot. Él me contemplaba con los brazos cruzados, repantigado en su silla.

—Pero ¿por qué no da la clase? —me preguntó.

—No me gusta la geografía —respondí, con aire desolado.

Un murmullo de risas recorrió el aula.

—Somos los peores alumnos de la creación —me dijo Boussicot con satisfacción—. Es normal que nos coloquen al profesor más inútil de la Tierra.

Yo asentí. Era inútil alegar que estoy cubierto de diplomas y que soy un etruscólogo distinguido.

—Entonces, profesorcillo —prosiguió con autoridad el Señor de Saint-Prix—, jugaremos a las cartas

sin armar escándalo. ¡Vosotros, nada de ruido! Marie Baston, vigila el pasillo. Lo que pase aquí no le importa a nadie. ¡Y tú, Alcatraz, trabaja!

Juan, dócilmente, desenfundó su pluma y se puso de nuevo a la tarea.

—¿Por qué le llamas Alcatraz? —pregunté—. Es el nombre de una penitenciaría...

—Es porque está condenado a trabajos forzados —rio Boussicot—. Hace el trabajo de todos, los deberes de matemáticas y las redacciones.

Mis ojos se agrandaron de estupefacción:

—¿Los profesores no se dan cuenta de nada?

—No. Alcatraz no hace dos trabajos iguales y cambia de letra a voluntad.

—Qué fuerte —murmuré, impresionado.

Juan adoptó un aire modesto y se dio un golpecito en la cabeza:

—Trabajo.

Axel, el guitarrista, me proporcionó amablemente algunas explicaciones suplementarias mientras los demás sacaban walkmans y barajas.

—Para los exámenes, Alcatraz nos prepara chuletas y Marie Baston nos hace fotocopias miniaturizadas de los libros en el despacho de su padre. En los institutos a los que he ido antes, se hacía bricolaje. Aquí se copia en plan industrial.

De repente, la tristeza se apoderó de mí:

—Pero ¿qué esperarías obtener con ese sistema?

—Hace tiempo que ya no esperamos nada —me contestó Axel, como si fuera evidente.

Abrió el cuaderno de gusanillo y, delante de mí, escribió:

Odio en el pecho, rap en la mente,
ya sin futuro y aún adolescente.

Fumas y robas, vas a la deriva,
lo has perdido todo, menos la rima.

—¿Es tuyo? —pregunté, ganado poco a poco por la desesperanza.

—Quiero formar un grupo de rap con mis colegas —me dijo Axel—. Y así nos largaremos de este instituto de mierda, de esta vida de mierda, y nos gastaremos su dinero de mierda bajo el sol de las Bermudas.

—¿Un sol de mierda? —sugerí.

—Probablemente.

¿Cuánto tiempo llevaba en Saint-Prix? ¿Veinti-cuatro horas o seis meses? ¿Había sido alguna vez profesor de universidad, había escrito libros y pro-nunciado conferencias en otra vida?

—No es por aquí el comedor de los profes —me advirtió Axel, a quien había seguido los pasos cuando se acabó la clase.

—¡Media vuelta a la derecha! —me espetó Bous-sicot.

Delante de mí, con las manos en los bolsillos, hosco y burlón, se alzaba el Señor de Saint-Prix, una bestia salvaje de diecisiete años que se agotaba golpeando los barrotes de su jaula. «El diablo tendrá su parte», me había dicho Agnelle. «Y no tendrá que fatigarse demasiado para ello», pensé mientras me alejaba; «le bastará con esperar a la salida»... ¿Qué era lo que había tateado Axel, el rapero?

Los dados ya han rodado
y tú estás expulsado
de la silla musical
de la selección social...

—Señor Hazard! —me llamó la Zagulon, la ninfa del lugar—. Le he guardado un sitio.

Los profesores ya estaban sentados. Alban, el profesor de educación física, me hizo un gesto amistoso con la cabeza. El comedor estaba pavimentado con baldosas que hacían ruido y sobre las cuales chirriaban las sillas metálicas de los comen-

sales. Sobre las mesas de formica estaban dispuestas unas enormes fuentes de aluminio.

—Zanahorias ralladas con aceitunas negras —me anunció un hombrecillo de piel terrosa y una mata de cabellos grises—. ¡Y mañana, apio con mayonesa y aceitunas verdes!

Me tendió la mano por encima del plato:

—Señor Faure, *how do you do?*⁴

—Es muy gracioso —me explicó la señora Zagulon, por si yo no me había dado cuenta en seguida de que Faure representaba el papel de bufón.

—No sé cómo se las arregla para estar siempre en forma —le aplaudió la joven señorita Kilikini, profesora de matemáticas.

—¡Y eso que no me conoce en la cama! —se vanaglorió el payaso.

—¡Oh! —exclamó la Zagulon, poniendo cara de desaprobación a la alusión.

—Soy como los italianos —insistió el desopilante señor Faure—. Sobre todo, *ravi-au-lit*.⁵

Sonreímos educadamente.

4. En inglés en el original: '¿Cómo está?' *N. de la T.*

5. Juego de palabras con la pronunciación francesa de *ravi au lit*, que significa 'fantástico en la cama', y la pasta italiana llamada ravioli. *N. de la T.*

—Se han vuelto a olvidar de aliñar las zanahorias —explotó de pronto un profesor, soltando el tenedor.

—Le falta vinagre —concedió la señorita Kilikini. —¡Le falta sal, pimienta, de todo! —se alteró el irascible profesor, como si fuera culpa de la pobre chica.

—¿Saben lo que le pasó a un hombre que fue a un restaurante en Italia? —empezó el gracioso—. Precisamente quería sal y pimienta...

—Voy a protestar a la cocina —dijo el colérico, levantándose.

—¡Traiganos la mayonesa! —le dijo la Zagulon.

—Pues resulta —siguió el cómico al que nadie escuchaba— que el hombre quería sal y pimienta, pero no sabía cómo se decía en italiano.

—¿Todo va bien? —me preguntó la Zagulon a quemarropa.

—Muy bien, gracias.

—...y pensó que el italiano era muy fácil, que bastaba con añadirle *aes* y *oes* por todas partes.

—Los de cuarto trabajan bien este año —contó Zagulon, dirigiéndose a la señorita Kilikini—. ¿No le parece?

—Entonces llamó al camarero del restaurante gritándole: «¡Oh, camarero, *salo*, *pimiento!*».

—Sacan buenas notas —respondió la profesora de matemáticas.

—«*Salo, pimienta*», ja, ja, ja —se reía el bufón, sin encontrar eco.

El irascible volvió con el aceite, el vinagre, la sal y la pimienta. Fue aclamado como César mostrando los trofeos después de una dura batalla.

—Se le ha olvidado la mayonesa —gruñó la Zagulon.

—¡Qué humareda hay en esa cocina! —exclamó el colérico—. ¡Nos van a servir suelas de zapato!

—Más vale eso que comer matarratas —canturreó el señor Faure en un último intento por divertir a la concurrencia.

Recorrió la mesa con la mirada: Zagulon, Faure, Kilikini, el colérico... ¿Lo sabían? ¿Sabían que, de hecho, solo tenían un alumno en tercero A, un tal Alcatraz, falsificador genial, y podían sospechar que yo llevaba en el bolsillo de la chaqueta una botella roja etiquetada como «Curare», que un crío de primo mero presumía de ser *el maniaco del crimen*, que se oían gritos horribles en los lavabos del primer piso, que Claire Delmas tenía miedo a que la asesinaran en cualquier momento, que Jules Sampan tenía citas galantes delante de un carro de vela y que Axel rapeaba su desesperación en la sala de alumnos?

El café se tomaba ritualmente en la sala de profesores, de pie en torno a la máquina. De pronto, por casualidad, me encontré al lado de la joven profesora de matemáticas. Era encantadora de perfil, con su nariz respingona.

—¿Está a gusto en Saint-Prix, señorita Kilikini?

—Puede llamarme Juliette —me respondió.

Ruborizándose, añadió precipitadamente:

—¡Mi apellido es horrible!

—Oh, no —balbuceé a mi vez—. Es... es encantador. ¡Pero me quedo con Juliette!

Me ruboricé también. Las chicas me causan demasiada impresión. Tendré que vigilarme.

—Entonces, Juliette, ¿qué piensa de...?

Me interrumpí: el señor Agnelle acababa de entrar en la sala. Se reunía habitualmente con su equipo de profesores para el café, y su llegada nos produjo el refrescante efecto de una nevera que se abre. Unos minutos después todo el mundo temblaba interiormente, mientras que, por un sistema de vasos comunicantes, el director parecía acalorarse. Acabó por quitarse el abrigo y dejarlo sobre una silla, cuidadosamente plegado. Después, con un tono de una estridencia insoportable, nos obsequió con un discurso sobre el tema de «el nivel de los alumnos de primero». Supe entonces que era «bajo, muy bajo,

más bajo este año que nunca», y oí que todos asen-
tían: «Bajo, muy bajo». En resumen, hundido de tal
manera en las profundidades, que enseñarles francés o
matemáticas no tardaría en parecerse a la espeleología.

—No vuelvo a poner los pies allí —le aseguré a
Catherine el sábado por la mañana.

Mi secretaria estaba sentada, con las nalgas so-
bre los talones, y se enjugaba las lágrimas que le
corrían por las mejillas de tanto que se había reído
con el relato de mis desdichas.

—No tengo ninguna autoridad sobre los chava-
les —constaté—. En cuanto a los demás profesores,
me tratan como a un jovenzuelo sin experiencia.
¡A los treinta y cinco años, eso duele!

Aún resonaban en mis oídos los consejos con
los que me habían abrumado a la hora del postre:
«Guarde una cierta distancia, señor Hazard. Nada
de compadreo. Usted está al otro lado de la barrera;
¡no lo olvide nunca!».

—Pese a todo, no tengo ningún problema con
mis alumnos —le dije a Catherine, un tanto agresivo.

—Y mucho menos con tus alumnas... Cuando
hablas de Egipto, *eres* egipcio. Se diría que el dios
Ra es uno de tus compañeros de regimiento.

Sonreí, tranquilizado:

—Bueno, pues voy a volver con mis amigos
egipcios. ¿Me dirás que soy un rajado si abando-
no, Catherine?

—No, no es tan grave...

Me desconcertaba un poco que Catherine no
protestara más. ¿Podía ser que con la edad estu-
viera empezando a madurar? La caza de enigmas
pertenecía a otra época.

—Y no es tan grave —añadió— porque acabo de
emplearme como cocinera en Saint-Prix.

Salté de mi asiento:

—¡Dime que no has hecho eso! Te había pro-
hibido...

—¡Qué guapo estás cuando ruges! —gritó Ca-
therine, lanzándose a mi cuello—. Eres mi faraón
supremo y generoso.

Y, de manera accesoria, el rey de los imbéciles
cuando Catherine se derrite entre mis brazos.

¡A TI TE ASESINAN SIEMPRE!

- ¡Acabaré con Jules Sampan!
- ¿Qué te ha hecho ese pobre chico? —me preguntó Catherine, secándose las manos en el delantal.
- Yo había encontrado refugio en las cocinas de Saint-Prix, junto a la nueva cocinera.
- Me ha hecho tener ganas de abrirlo en canal. Hace un rato he intentado poner unas diapositivas para entretener a esos diablos de tercero A y, como no podía ser de otra manera, en cuanto he conectado el proyector, «¡banzái!», han saltado los plomos.
- No irás a acusar a Jules de que la instalación eléctrica esté defectuosa.
- Me reí torvamente.
- Me encanta tu ingenuidad, Catherine. Y ¿también te crees que las mesas del aula 104 levitan por sí solas? Cada vez que me giro a la pizarra para escribir algo, se desplazan veinte centímetros.
- Catherine se encogió de hombros:

—¡Chiquilladas! Exageras por todo. Es como tu descripción de la señora Zagulon. Me esperaba un monstruo...

—...y es un monstruo —dije, subrayando la evidencia.

—Es una mujer un poco corpulenta que se maquilla demasiado. Aparte de eso, no es en absoluto desagradable.

Di un salto en mi taburete:

—¿Qué? ¿Esa ogresa?

Catherine se tocó la frente con el índice:

—Algo no te funciona bien ahí dentro, anciano. Tendrías que ponerle remedio.

Pasé al contraataque:

—Supongo que encuentras irresistible al señor Faure, ¿no? ¿Cómo dices tú? ¡Ah, sí! *Sexi*.

—Es amable —dijo Catherine con la boca pequeña.

—Te ronda. Hoy se ha pasado el rato yendo a buscar el pan y el agua a la cocina.

—Porque es servicial. Y no sigas por ahí, abuelito, o te hablaré de tu Juliette.

—¿La señorita Kilikini? —me asombré, con aire de absoluta inocencia.

—No paras con Juliette. «¿Quiere pan, Juliette?». «¿Quiere agua, Juliette?».

—Es que soy servicial, carínito.

—Ah, no, no me llames *carínito*. Está terriblemente pasado de moda, ancianito.

Grité:

—¡En ese caso, deja de machacarme con tu *ancianito* cada diez segundos!

Catherine frunció la nariz y constató tranquilamente:

—Esto desahoga, un poco de psicodrama... No sé por qué, pero desde que estoy en este maldito instituto, tengo los nervios de punta.

Catherine tenía razón. Había en el aire un no sé qué inexplicable que ponía nerviosa a la gente. ¿Puede que fuera simplemente la exasperación que nos producía la nieve que no dejaba de caer en blandos copos desde la *víspera*?

—El Carro de Vela, Nils, es un café del centro del pueblo —me explicó Catherine, ajustándose el delantal—. Es el punto de encuentro de los jóvenes y el único sitio de Queuilly donde hay algo parecido a la animación después de las nueve.

—Lo que no entiendo —dije— es cómo podría Jules encontrarse con Naéma esta noche. Lucien no se despista y no dejará salir a un interno. Y, a partir de las seis de la tarde, la puerta está cerrada.

Para descubrir cómo se resolvía ese enigma, Catherine y yo quedamos en repartirnos los papeles. Mi secretaria iría al Carro de Vela a tomar una infusión...

—¿Y si me apetece un coñac? —me interrumpió Catherine, con aire de desafío.

—Quémate la garganta con el aguardiente si te apetece, ancianita...

Así que, mientras mi secretaria, tomándose un coñac, vigilaba el Carro de Vela, yo vigilaría las idas y venidas de los internos.

—Cuando acabes las clases —concluyó Catherine—, vendrás a esconderte en mi cocina hasta que llegue la hora fatídica.

—Perfecto, camarada.

Chocamos las manos.

—Catherine, solo te quiero a ti.

—Confidencia por confidencia, yo también.

No le recomendaría a nadie pasar la velada en una cocina a oscuras, pegado a un lavavajillas que no deja de vibrar. Tenía que esperar a que los internos se hubieran acostado y a que el guardián hubiera hecho su ronda de vigilancia. El ronroneo de la máquina tuvo finalmente un feliz efecto hipnótico.

Cuando me desperté con un sobresalto, ya eran más de las nueve. Había oído chirriar una silla metálica sobre las baldosas. Había alguien en el comedor. Entre la bruma del sueño, una frase me taladraba el cerebro: «A ti te asesinan siempre». Desde luego, era absurdo, pero incluso así era desagradable. Me enderecé lentamente. ¿Había oído de verdad ese chirrido o lo había soñado? ¿Tal vez Jules Sampan estaba detrás de la puerta de la cocina? Pero, de nuevo, sin previo aviso, otra frase me cruzó por la mente: «Ese no es Jules Sampan». Sigilosamente, me acerqué a la puerta y escuché. Dos minutos transcurrieron en el más absoluto silencio. Tenía que haberlo soñado o haber oído a un gato, al vigilante o a un fantasma, nada que justificara los violentos latidos de mi corazón. «La nieve no me sienta bien», pensé. «Ni los asesinos», añadió en mi interior la vocecilla que hablaba sin mi consentimiento.

Esperé cinco minutos suplementarios antes de girar el pomo de la puerta.

El comedor estaba desierto. Lo crucé y, con las prisas, tropecé con la pata de una silla, produciendo exactamente el mismo chirrido metálico que había oído antes. Aceleré más el paso y subí al primer piso. Al pasar por delante de mi aula, la 104, me pareció percibir por debajo de la puerta un rayo de

luz. Solo duró un segundo. Había cerrado la puerta de mi clase con llave cuando me marché. Si había sido víctima de alguna ilusión óptica, un reflejo de la luna o cualquier otra cosa, la puerta tendría que estar aún cerrada con llave. La verificación era sencilla. Lentamente, puse la mano sobre el pomo y, cuando iba a girarlo, un pequeño golpe seco que procedía del segundo piso me hizo saltar del susto. Decididamente, no tenía ninguna vocación de ladrón. Había hecho bien en elegir la enseñanza. Me dirigí a los lavabos y me escondí. Unos instantes después, apareció Jules Sampan alejándose por el pasillo, con la linterna apuntando al suelo. Ese era por fin el escenario previsto y recobré los ánimos. Abandonando mi refugio, pasé de nuevo ante el aula 104, siempre sumida en la oscuridad, y bajé después por la escalera. Vislumbré al pelirrojo, que seguía su camino hacia el sótano. ¿Se dirigía a la sala de alumnos? Para no alertarle, tuve que dejar que tomara distancia y después bajé a mi vez al sótano. Estaba completamente a oscuras y me guiaba apoyando la mano en la pared. La sala de alumnos estaba cerrada. ¿Dónde se había metido Jules Sampan? Me arriesgué a encender el mechero. Al fondo del pasillo, una puerta con una inscripción que decía «Reservado al personal» estaba entreabierta.

Había un candado en el suelo. Ese era el camino a seguir, pero ¿adónde me llevaría? El olor a vinazo y a humedad me lo aclaró en seguida. Entraba en las bodegas abandonadas de Saint-Prix.

A ambos lados de un pasillo de tierra batida, se distribuían unas puertas numeradas, cada una cerrada con un pestillo.

Jules Sampan parecía haberse volatilizado. A la luz del mechero, vi por fin lo que buscaba: una puerta cerrada pero con el pestillo descorrido. Entré en la cava número siete. Estaba vacía, pero dos cajas amontonadas permitían izarse hasta un respiradero. Los barrotos que habitualmente debían de obstruirlo habían sido arrancados y lanzados al suelo. ¡Había encontrado la salida! Tras el respiradero estaba la llanura de Queutilly, el río Doué, la carretera que llevaba a la ciudad y hacia Naéma. En cuanto subí a las cajas, desde el otro lado de los muros de Saint-Prix, el frío y el amor me dieron alas. A cada uno la suya: yo corría a entrar en calor junto a Catherine. Llegué pronto a las primeras casas. Ni una luz más allá de los extraños reflejos que se producían en los torbellinos de nieve. Mi zancada era más larga que la de Sampan, ya lo tenía a la vista. Unos metros más y desembroqué en la plaza del 8 de Mayo. Detrás de los plataneros, salpicando la noche con sus

neones, el Carro de Vela embarcaba a la juventud de Queutilly en un viaje solo de ida a Citerea.⁶ Pero, esa noche, Jules no tenía el billete. Aguardaba a la entrada. De Naéma, ni rastro. En revancha, yo vi a Catherine en el interior, sentada ante... una infusión. No pude aguantar más de un cuarto de hora la tormenta de nieve que se había levantado. Sabía lo esencial: cómo conseguía Jules Sampan escaparse de Saint-Prix. Solo faltaba mi venganza.

Pateando y resoplando, me sacudí la nieve que me cubría, y después me acerqué al bueno de Jules con un paso despreocupado. El chico estaba pálido y tenía los labios morados.

Le lloraban los ojos de frío, pero seguía esperando.

—Señor Sampan...

Se le descompuso la cara con ese último golpe de mala suerte.

—Entiendo que haya tenido ganas de aprovechar el buen tiempo para dar un paseo por el pueblo —dije—. Pero ahora sería razonable que volviera y entrara un poco en calor.

6. Alusión al poema «Un viaje a Citerea» de Charles Baudelaire, incluido en *Las flores del mal*. La isla griega de Citerea rendía culto a Afrodita, la diosa del amor.

Sonreí a mi pesar. Jules parecía un espantapájaros congelado, con los cabellos rojos aplastados por la nieve y con escarcha hasta en las cejas.

—Ella no vendrá —añadí.

—¿A usted qué le importa? —me soltó entre una vaharada.

Le agarré por el abrigo:

—Agnelle no sabrá nada de tu escapada con una condición. Que me digas cómo haces saltar los plomos.

Jules se metió la mano en el bolsillo y sacó un enchufe. Se lo confiscué.

—¡Y lárgate!

Sin discutir, pasó ante mí y se alejó. Le grité:

—¡Cuarenta-treinta!

Él bajó la cabeza para afrontar la tormenta y sus desilusiones. Así es la vida, Jules Sampan.

—¿Te pido una manzanilla? —me preguntó Catherine.

Me senté delante de ella, anquilosado, con las manos congeladas. Dejé el enchufe de Jules Sampan sobre la mesa de café y saqué del bolsillo interior de mi abrigo el abrecartas de Catherine.

—¿Qué haces? —se extrañó mi secretaria, viendo cómo desentrosaba los tornillos para abrir el enchufe.

—¡Banzái! Es lo que me imaginaba —dije.

Jules Sampan había unido los dos polos del enchufe con un trocito de plomo. Cuando, lanzando su grito de guerra, metía el enchufe en una toma de corriente al fondo del aula, provocaba un cortocircuito.

Maldito Jules.

Con el pensamiento, le seguí por el camino de regreso, corriendo campo a través, deslizándose por el respiradero, volviendo a poner los barrotos en su lugar, cerrando el pestillo, reajustando el candado...

—Bébetete la manzanilla, que se te va a enfriar.

Miraba a Catherine sin verla. Seguía a Jules Sampan mientras pasaba por la sala de alumnos, subiendo un piso. Aula 104... ¿Había visto de verdad una luz?

—¡Eh! ¿En qué piensas, Nils?

La breve frase intempestiva me había cruzado de nuevo por la cabeza: «A ti te asesinan siempre».

Cuando llegué a la mañana siguiente para dar clase a los de primero B, la cerradura del aula 104 estaba de nuevo obstruida. Gracias, Jules.

Me saqué el abrecartas del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué anda hurgando en esa cerradura? —dijo una voz divertida.

Me enderecé. Era Alban Rémy.

—Esos malditos de tercero se divierten poniendo escayola en la cerradura.

Hundí la punta del abrecartas y tuve que consutar:

—Mierda, es chicle.

Aquel día, los de primero B me parecieron inólitamente agitados. Tuve que apelar al refuerzo de Thot y de Anubis para mantenerlos tranquilos. Los rumores habían corrido ya por todo el instituto: alguien había hecho una pintada en rojo en el comedor de los alumnos. Entre clase y clase, me reuní con Catherine en la cocina.

—Entonces, ¿qué? —me dijo—. ¿Lo has visto?

—Está escrito lo bastante grande.

«A muerte, Agnelle», en letras torpes que recordaban el estilo con el que habían sido corregidos los trabajos. Pero, esta vez, se trataba de pintura y no de sangre.

—Pues sí que había alguien, ayer, que se movía por el instituto —me señaló Catherine.

—Uno de cuarto. Boussicot o Axel. En suma, es una guerra de nervios entre el director y los alumnos. No hay ningún enigma en Saint-Prix.

—Ah, ¿eso crees? —se asombró Catherine—. Y ¿por qué se tiró Claire Delmas por una ventana?

Y ¿de dónde venía ese grito que oíste cerca de los lavabos? Y ¿qué hay de ese *maniaco del crimen* que se escondió entre tus alumnos?

—Y la botella de curare —añadí—. ¡No te olvides de la botella de curare!

Catherine me lanzó una mirada perpleja:

—¿Crees que es curare de verdad?

Asenti:

—Tienes razón, Catherine. El asesino anda suelto. Tenemos que estar alerta.

A las diez me encontré con los de cuarto en el aula 104. Ya habían sacado las cartas. Alcatraz, por una vez dispensado del trabajo, me propuso jugar a los dados. Boussicot se sentó delante de nosotros.

—Es idiota vuestro jueguecito —dije, lanzando los dados.

—Juego de azar, señor Hazard, tendría que gustarle —señaló Alcatraz.

—Hablo de vuestra pintada en la pared. Vosotros mismos os habéis puesto la sogá al cuello. ¿Quién se atrevería a hacer una cosa así, aparte de los alumnos de cuarto A, y muy especialmente los internos?

—Una hipótesis no es una prueba —adujo Alcatraz, con un tono pedante.

-No es nuestra -dijo Boussicot más abruptamente-. Hubiéramos podido hacerla, pero no la hemos hecho. ¿Lo pillas?

-Aseguraos de todas maneras de que no hay botes de pintura en vuestras habitaciones -repliqué, volviendo a lanzar los dados.

Al cabo de veinte minutos, harto de ver cómo ganaba Alcatraz (lo que me hizo sospechar que además de un falsificador era un tramposo), me acerqué a Axel, que estaba aislado al fondo de la clase para escribir. Mordisqueaba el rotulador.

-¿Atascado? -pregunté tímidamente.

Nunca sabía cómo sería recibido. Axel giró el cuaderno hacia mí y pude leer:

Niebla congelada, escarchada por dentro,
eso es todo lo que tengo en el pecho.

Sin amor, sin familia ni amistades.

Quien siembra vientos recoge tempestades.

Niebla congelada, escarchada por dentro.

-¿Tus padres saben que quieres formar un grupo de rap? -le pregunté.

-No tengo padres.

Volvió a girar el cuaderno y, bajo la gélida estrofa, escribió: «No tengo ya madre en la tierra,

ni madre ni padre. Solo me queda dispararme una bala de revólver».

-¿Va en serio o es solo un verso? -pregunté.

-Va a días. Cuando veo a la estúpida que hace de madre de Alcatraz o al tendero que se cree el padre de Boussicot, me encanta ser huérfano.

«Niebla congelada, escarchada por dentro...». Estaba dotado, el chaval. ¿Por qué desperdiciaba de esa manera la posibilidad de estudiar?

Era un misterio, un misterio como la sumisión de Alcatraz o el odio de Boussicot. Me los imaginaba a todos como si caminaran por una cuerda floja, con los brazos en equilibrio, listos para caer en las tinieblas.

A la una, en la sala de profesores, las conversaciones se iniciaron alrededor de la máquina de café. El tema general era: «Hay que saber quién ha hecho eso», con algunas variantes.

EL COLÉRICO. ¡Han sido Boussicot y compañía, un hatajo de hipócritas, hay que echarlos de Saint-Prix!

SEÑORA ZAGULON. (*Excitada*). Tendríamos que hacerles confesar.

EL BUFÓN. Quiere que hagamos de torturadores, ¿no? Como en la Edad Media, ¿verdad, señor Hazard?

SEÑORITA KILIKINI. (*Indignadísima*). Soy miembro de Amnistía Internacional, señor Faure. La tortura existe en la actualidad y no es un asunto que deba tomarse en broma.

ALBAN RÉMY. Acusando a tontas y a locas, nos arriesgamos a castigar a los inocentes.

SEÑORA ZAGULON. (*Pérfida*). Pero si no hablamos de su sobrino, señor Rémy...

Me volví hacia el profesor de educación física:

-¿Axel es su sobrino?

El director acababa de aparecer en el marco de la puerta, bien envuelto en su abrigo negro. Un tic le estiraba intermitentemente un lado de la boca.

-¿Un... un café, señor director? -balbuceó Alban.

-Sí, por favor.

Ese hombre estaba enfermo. Le brillaban anormalmente los ojos en un rostro súbitamente abastido. La sacudida sísmica que le amenazaba desde hacía mucho tiempo había hecho estragos en él. Alban le tendió una taza; la señora Zagulon le acercó una silla.

-No hace falta -dijo él.

Pero apoyó la mano en el respaldo de la silla.

-Señoras, señores -empezó-, Saint-Prix pasa en este momento por una dura crisis.

Habló de la falta de valores y de la ausencia de referentes, lo que parecía ser su estribillo favorito. Acalorándose progresivamente, Agnelle se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla, cuidadosamente plegado. Todas sus acciones revelaban un espíritu maniático y perfeccionista.

-Un alumno, o varios alumnos, que parecen inspirados por el diablo, querrían destruir nuestra acción educativa...

No controlaba ni su voz ni su discurso. Iba a empezar a delirar en público.

-Intentamos salvar a estos jóvenes con todas nuestras fuerzas y todo nuestro entusiasmo...

Se llevó la mano al pecho. Su boca se torció en un rictus babeante.

-¡Socorro! -gritó la Zagulon, recibiendo al director en sus brazos.

-¡Un médico! -gritó Alban-. Es un ataque.

Agnelle ya volvía en sí, pero no parecía entender lo que había pasado. Articuló algunas palabras incoherentes y después cerró los ojos. Una lágrima rodó por su mejilla.

Su cara expresaba un dolor tan intenso que no pude soportarlo. Además, tenía una cita...

-¡Catherine!

-¿Qué?

-Ven, rápido. *El maniaco del crimen* está a punto de golpear de nuevo.

-¿Qué?

-¡Date prisa! El crimen no espera.

Agarré a Catherine por la muñeca y la arrastré por los pasillos y las escaleras, repitiendo sin parar: «¡Rápido, más rápido!». En el segundo piso, empujé a mi secretaria hacia un hueco del pasillo.

-Silencio -le susurré al oído.

-Pero...

Me llevé el índice a la boca. Chist... Miré el reloj. Solo algunos segundos. De repente, Claire Delmas apareció, cojeando con sus muletas. Catherine me trituró la mano bajo los efectos de la emoción. ¿Qué hacía esta chiquilla en un sitio semejante? Claire se detuvo un instante para tomar aliento. Entonces, del fondo del pasillo surgió...

-¡Nils! -gritó Catherine.

La retuve. El maniaco del crimen acababa de lanzarse sobre la desgraciada chica y la apuñalaba.

Catherine se deshizo de mí y corrió hacia el criminal y su víctima. Demasiado tarde.

Claire caía al suelo, gimiendo, mientras TERENCE, alias el barón Von Gluck, el maniaco del crimen, se encarnizaba con ella, hundiéndole el puñal hasta el mango.

-¡Sorpresa! -gritaron los dos críos, poniéndose en pie.

«Clac», hizo la hoja retráctil del falso puñal. Me acerqué y grité en un tono afligido:

-¡A ti te asesinan siempre, Claire!

Catherine estaba todavía bajo el shock de la escena precedente y su cara expresaba tal estupor que estallé en risas.

-Esto es malvado, es verdaderamente malvado -protestó Catherine, reaccionando por fin.

Le tendí a TERENCE una botella roja:

-Toma, para tus próximos asesinatos.

Después me volví hacia Catherine:

-Te gustan tanto las sensaciones fuertes que tuve ganas de complacerte. Ha estado bien montado, ¿no?

-¡Cretino!

Catherine había cogido el puñal y se divertía hundiéndose la hoja en la mano. Clac. Miró a los chicos con curiosidad.

—Así que jugáis al asesino, ¿no es eso?

—Ahora el juego se ha acabado —respondió Térrence—. Nils ha adivinado que yo era el maniaco del crimen.

Una vez de vuelta en la cocina, que nos servía de cuartel general, le di a Catherine algunas explicaciones suplementarias:

—Si Claire Delmas saltó por la ventana del lavabo fue porque creyó que la perseguían. Es una chica muy impresionable, que, por momentos, confunde el juego y la realidad. En cuanto al grito que oí cerca de los lavabos, fue Martine Maréchal quien lo soltó al ser asesinada por Térrence. El juego especifica que la víctima tiene que soltar un grito «que ponga los pelos de punta», ya que, después de muerta, no podrá decirle a nadie el nombre del asesino. Térrence apuñalaba, estrangulaba o envenenaba con los dardos de curare. Ya tenía doce víctimas en su haber cuando he puesto fin a su carrera criminal.

—Entonces, según tú, todo tiene explicación. Los de primero B juegan al asesino y los de cuarto A acosan al director. ¿Y la sangre en los trabajos? ¿Y el anónimo?

—Un tipo del estilo de Boussicot es capaz de inventarse cosas así —repliqué.

—¿No hay ningún enigma en Saint-Prix?

—No hay más enigmas en Saint-Prix.

Aquella tarde, subía hacia la sala de profesores mientras planeaba mentalmente el informe humorístico que le enviaría al inspector Berthier acerca de mi brillante intervención en Saint-Prix.

—Buenas tardes, Nils —me saludó la profesora de matemáticas, con quien me crucé en la escalera.

—Buenas tardes, Juliette...

Me miró como si deseara añadir algo más. Pero se contentó con sonreír y se alejó. La sala de profesores estaba desierta. Vací mi taquilla y guardé los libros en la cartera. Una última mirada circular para decir adiós. Mis ojos cayeron entonces sobre un ropaje negro que descansaba sobre una silla.

—El abrigo del director —murmuré.

Habían acompañado al director a su casa y se habían olvidado el abrigo. Alguien tendría que devolvérselo... Lo cogí, dudando, y se me cayó al suelo. Me agaché a recogerlo y ahogué un grito de sorpresa. El abrigo negro, severo y siempre abotinado de arriba abajo, tenía un forro deslumbrante, un forro rojo.

«Todos los seres tienen un reverso» —murmuró dentro de mí la vocécilla— «y un cordero puede convertirse en asesino».

—Cambio de planes —le dije a Catherine—, ¡pasaremos la noche aquí!

4

SOMBRAS Y RUMORES

—Si se trata de un provocador —le expliqué a mi secretaria—, al ver que no le atrapan, llevará más lejos la provocación. Y, si es un loco, ¿qué puede detenerle?

Le pedí a Catherine que vigilara los dormitorios de los internos.

—Al menor ruido de una puerta, estate preparada para seguir a quien sea.

Ella asintió, y añadió:

—Yo, por mi parte, rondaré por Saint-Prix.

Repartiendo así la vigilancia, estaba seguro de que asumía yo todos los riesgos. Nos separamos al pie de la escalera que llevaba a las habitaciones de los internos.

—Nos vemos aquí dentro de una hora —murmuré.

Después me alejé en dirección a las aulas. Quería empezar verificando que estaban todas cerradas con llave. Cuando me encontré solo y vagando por los pasillos, sentía las mismas sensaciones opacas y pesadas de la víspera.

78

79

Dieron las once de la noche. Saint-Prix crujía como un barco cuya proa afrontara una noche de tormenta. Tan pronto era el batiente mal cerrado de una ventana que se abría súbitamente, como los vidrios que temblaban bajo el asalto del viento, o un cubo olvidado por Lucien en el patio y que se ponía a rodar por el suelo. Si me lo encuentro, pensaba, no voy armado. Me acordé entonces del abrecartas que llevaba en el bolsillo interior. Era afilado y cortante como un pequeño puñal. Me detuve y me palpé la chaqueta. Fue en ese momento cuando oí el ruido. Muy ligero, muy apagado, pero, precisamente por eso, muy diferente a los de la tormenta y los chasquidos. El ruido de una presencia humana cercana, de alguien que contiene la respiración, que amortigua el paso. Encendí la linterna. El otro estaba aquí. Me espiaba como yo le espiaba. En pocos segundos sabría si mi intuición había sido exacta. El otro no se movía. Me esperaba al otro lado del pasillo. A falta de un verdadero coraje, soy impulsivo. Me lancé sobre el invisible enemigo, con las manos por delante para agarrarlo.

—Socorro —gimió la persona a quien acababa de aplastar entre mis brazos.

—¿Juliette?

—Nnnn ¿Nils? —dijo una voz desfallecida.

Relajé el abrazo y me apoyé contra la pared, perplejo.

—Pero ¿qué está haciendo aquí? —le pregunté por fin.

—Yo podría preguntarle lo mismo.

—Intento atrapar al maldito bromista.

—Y yo también —me aseguró Juliette—. Cuando he visto el estado del director, al mediodía, y todas las insinuaciones de los profesores, me he decidido a hacer una pequeña investigación.

Volví a encender la linterna.

—Está muy pálida, señorita investigadora —le dije con aire protector—. ¿Qué tal si investigamos juntos?

—Oh, muy bien... Estoy muerta de miedo.

Admirativa, sonrió al héroe que yo no soy en absoluto. Le propuse bajar al sótano: quería enseñarle el pasadizo que usaba Jules Sampan. Esta vez, el candado estaba colocado en la puerta, pero bastó forzarlo un poco para que se abriera. El manitas de Jules había pensado en todo. Hice entrar a Juliette en la cava número siete.

—Vaya —señalé—, no han vuelto a poner la reja. A través del respiradero, se entreveía un retazo de noche tormentosa y las nubes que galopaban, cubriendo y descubriendo la luna llena.

-Es impresionante -murmuró Juliette, acercándose a mí.

Le pasé el brazo por los hombros y estaba a punto de responderle afectuosamente cuando... clic. Me sobresalté. El pestillo acababa de cerrarse con un ligero sonido metálico.

Sacudí la puerta: estaba cerrada.

-El... el pestillo -balbuceé.

-¿Qué pasa? -preguntó Juliette.

-Estamos encerrados.

Se echó a reír.

-¡Qué va! Solo tenemos que salir por el respiradero.

Grité:

-¿Y Catherine? ¿Cree que voy a dejarla?

Hubo un frío silencio y después:

-¿Quién es Catherine?

Dudé entre *mi novia* y *mi chica*.

-La cocinera -me decidí-. Está de guardia ante los dormitorios. Hay que salir de aquí.

Sacudí furiosamente la puerta. Después, calmándome un poco, constaté en primer lugar que la puerta, aunque delgada, resistiría a mis esfuerzos (creo haber dicho ya que yo mismo soy más bien delgado), y, en segundo lugar, que había un pequeño hueco entre la puerta y el marco. A través

de ese resquicio, enfocando con la linterna, vi la barra metálica del pestillo.

-Tengo que levantarla -murmuré, palpándome la chaqueta.

El abrecartas tendría que servirme.

-¿Busca algo? -preguntó Juliette.

-¡Mi abrecartas! -grité.

Preso de la furia, di unos cuantos golpes con el hombro contra la puerta, sin otro resultado que el de hacerme daño.

-¿Servirá esto?

Juliette había abierto su bandolera. Me tendía una lima de uñas.

-Gracias, creo que...

A la tercera tentativa, la lima me permitió levantar el pestillo.

-¡Rápido! Al segundo piso...

Ni siquiera pensaba en que el otro pudiera estar esperándonos en el pasillo. Me angustiaba demasiado saber que Catherine estaba sola a merced del enemigo.

-¡Oh, Cathy!

Ella bajaba la escalera a mi encuentro. Aliviado, la estreché amorosamente.

-¡Aquí no, Nils!

Catherine se apartó y clavó la vista en algún punto a mi espalda. Me volví. Juliette nos obser-

vaba, con una mezcla de sorpresa y reproche en los ojos.

—Yo... bueno... permítame explicarle... —balbuceé, incómodo.

Catherine me agarró el brazo:

—¡Oh, allí!

A través de la ventana de los lavabos podía verse el cuerpo del edificio donde estaba el apartamento del director. Un pasillo estaba débilmente iluminado.

—Es allí —dijo Juliette.

Corrimos los tres. Bajar las escaleras, atravesar el porche y el patio, subir dos pisos, todo eso nos costó solo unos instantes. Una vez llegados al apartamento del director, tuve que estirar el brazo para impedir que Catherine se me adelantara.

—Calma —murmuré.

Se veía luz tras el recodo del pasillo. Unos pasos más y...

—¡Nadie!

Una linterna encendida había sido abandonada junto a un bulto negro. Juliette se agachó:

—Es el abrigo del señor Agnelle.

Levantando la cabeza, contuvo una exclamación de estupor. Sobre la puerta del director, alguien había pintado precipitadamente un «¡Ja!

¡Ja!» triunfante. El enemigo se evaporaba con una carcajada.

—Está loco —dijo en voz baja Juliette, soltando el abrigo.

El sábado por la mañana, los internos se iban a sus casas y, bajo la nieve, el instituto tomaba un aire de apacible melancolía.

Catherine, fuera de servicio, había venido a reunirse conmigo en mi habitación del León de Oro. —Hay que avisar al inspector Berthier —decretó, sentándose en mi cama.

—¿Avisarle de qué, querida?

—¡De que el director está enfermo! Se persigue a sí mismo para poder jugar después a los mártires de la educación.

—Una hipótesis no es una prueba...

—¿Qué necesitas entonces? ¿Que asesine a un alumno?

Como para contestar a su pregunta, el teléfono sonó en la cabecera de mi cama.

—¿Dígame?

—¡Ah, señor Hazard! Está todavía en Queutilly. Soy el señor Agnelle. Querría verle esta mañana. —Voy para allá.

Colgué el teléfono.

—Querida, tu gran hombre va, una vez más, a afrontar el peligro. Eso bien se merece...

De un empujón en el hombro, la tumbé sobre la cama.

—Una puñalada —completó Catherine.

Evité el golpe por poco, lanzándome a un costado.

Rodamos el uno sobre el otro y, después, solo para complacerla, me dejé apuñalar. Clac.

—Y no lleve a ninguna otra jovencita a las cavas, señor Hazard, o la próxima vez untaré la hoja en el curare.

Corrí hacia el instituto ajustándome la corbata. El viento se encargó de peinarme.

El director, sin duda, iba a preguntarme en qué punto estaba mi investigación. Ahora bien, no tenía nada que decirle, puesto que no quería hablarle del juego del asesino, ni de la industria de las chuletas, ni del Carro de Vela. Todo lo que sabía de la vida secreta de Saint-Prix tenía que permanecer oculto.

—¿Así que no sabe nada? —se irritó el director.

—Nada con certeza.

Agnelle se inclinó bruscamente hacia mí:

—Pero ¿tiene sospechas?

—Vagas sospechas... Tarde o temprano, el culpable dará un paso en falso.

El director se reclinó en el sillón con un suspiro exasperado:

—Y, mientras tanto, me pintarrajea la puerta. Mi propia puerta —gimió—. Sentir así la maldad a tu alrededor...

Con un gesto maquinal, sacó de un estuche un abrecartas con el que se puso a jugar. Fascinado, no podía dejar de mirarle.

Era mi abrecartas, el que yo había buscado en vano la víspera, en mi chaqueta. Sin dejar de lamentarse, Agnelle lo hacía girar entre sus dedos, se clavaba la punta en la mano, lo dejaba, volvía a cogerlo. Cuanto más se calentaba hablando, más hundía la punta en su carne.

—Está... está sangrando —balbuceé.

—¿Qué dice?

Me miró fijamente, como si saliera de una alucinación.

Abrió la mano y vio la sangre que brotaba.

Pero, pese a ello, seguía sin reaccionar.

—Oh, estoy sangrando —dijo, saliendo al fin de su estupor.

Se limpió la mano con un pañuelo de papel.

—Es, eh, un abrecartas muy afilado —señalé.
Agnelle frunció las cejas.

—Imagínese que no sé ni a qué alumno se lo he confiscado... Supongo que lo he confiscado.

Se calló, con ese aire desorientado que se le había vuelto habitual.

—Lo he encontrado en mi abrigo —murmuró—. En el bolsillo del abrigo. El abrigo que he...

La frase se perdió en el laberinto de sus pensamientos.

Me levanté para marcharme. Tuve que toser y arrastrar bruscamente la silla para llamar su atención. Levantó hacia mí su mirada enajenada.

—Adiós —dije—. No se atormente tanto... Sus labios articularon: «Tanta maldad...».

Lo dejé a solas con sus obsesiones.

En el patio, vi a Axel practicando el salto de vallas por encima de los bancos para entrar en calor.

—¿Estás castigado? —le pregunté.

Me acordé entonces de que no tenía padres con los que marcharse el fin de semana.

—No. No estoy castigado. Pero mi tío no podía quedarse conmigo.

—¿Alban?

—Sí. De vez en cuando, le gusta pasar un fin de semana tranquilo con su novia. Se comprende.

Asentí. Vaya vida más extraña para un chaval de dieciséis años. El profesor de educación física de Saint-Prix era su única familia. «Niebla congelada, escarchada por dentro». Axel se definía como loco y suicida, pero no parecía afectado por ello.

—¡Adiós! —me dijo en un tono que quería ser indiferente.

Tal vez no quería que me fuera. Pero nada indicaba que deseara que me quedara. Había una especie de vacío en sus ojos. Como si hubiera un compartimento vacío en su cabeza.

Cuando volví a Saint-Prix, el jueves siguiente, los de primero B me recibieron en el vestíbulo, muy excitados:

—¡Ha venido un inspector!

Dejé escapar un «mierda» bastante fuera de lugar. Térrence se echó a reír y me tranquilizó:

—Pero no está aquí por usted. Ha venido por la señora Zagulon.

—¡La Zagulon! ¿Sería posible? Pero, en el fondo, ¿por qué no? Podía imaginármela perfectamente escribiendo anónimos.

Alban pasó no muy lejos de mí. Le grité:

—Dígame, ¿el inspector está aquí?

-Sí, pero no por usted -me tranquilizó Alban-
Quiere hablar con Faure y Zagulon.

-Faure también -repetí, asombrado.

De repente, lo comprendí y me eché a reír:

-¡Un inspector! ¡Pero, claro, un inspector académico! ¡Ja, ja!

Alban debió de pensar que la locura ganaba terreno en Saint-Prix.

-Hoy no tendrá a mi sobrino en clase -me advirtió-. Ayer tuvo un accidente. Está en la cama.

-¿Algo grave?

-Una pierna escayolada.

Miré el reloj. Tenía el tiempo justo de subir a saludar a Axel en su dormitorio.

Mientras subía por la escalera, recordé a Axel saltando entre los bancos. Debí de fallar una valla.

-¡Hello, imprudente!

-¡Ah!, ¿es usted? ¿Podría hacerme un favor? Me he dejado el cuaderno de rap en la sala de alumnos.

-Te lo subiré después de clase.

-Tengo la continuación de la letra para mi rap «Niebla congelada».

Se tocó la cabeza con la palma de la mano.

-La tengo aquí.

Cuando iba a cruzar la puerta, me volví de nuevo:

-Por cierto, ¿fue culpa de un banco?

Me miró sin acabar de comprender del todo mi pregunta.

-¡Ah, no! No fue un banco... Fue la espaldera del gimnasio la que cedió. La barra más alta.

-La barra más alta -repetí.

Nuestras miradas se cruzaron.

-Y, por cierto -me dijo Axel-, ¿estás seguro de que eres profesor?

Dejando a Axel con sus dudas, corrí hasta el aula 104, donde me esperaban los de primero, siempre agitados.

-¿Es hoy cuando toca abrir la tumba? -me preguntó febrilmente Térrence.

-Sí, barón.

-¡Bien! -rugieron todos mis alumnos.

Cerraron las dobles cortinas, apilaron las sillas, apartaron las mesas y, después, bajo mis órdenes, empezaron a preparar la tumba. Para empezar, colgaron dibujos por las paredes. Representaban escenas de caza, de banquetes y de combates.

-Esta es mi preferida -me confesó Claire.

Siempre buscando emociones fuertes, había elegido reproducir la escena de Pheru: un hombre enmascarado azuza a un perro de presa contra una

víctima que, con la cabeza cubierta por un capuchón, intenta defenderse con una maza, un pequeño entretenimiento muy apropiado para amenizar los funerales.⁷

Martine colocó el trono, es decir, una silla con reposabrazos forrada con papel de aluminio. De todas las taquillas iba saliendo la vajilla preciosa: ánforas, calderos, jarras, copas... hechos de plastilina negra y papel dorado. Una mesa representaba el lecho funerario de la princesa Larthia.

Allí se tumbó Claire Delmas, cubierta con sus joyas del todo a cien, mientras que sobre otra mesa se tendió Mathieu, rodeado de armas y escudos de cartón pintado.

—Estamos a veintidós de abril de 1836 —empecé—. Regolini y Galassi se hallan en Cerveteri, en el interior de una necrópolis, es decir... ¿Térence?

—Una ciudad de los muertos...

—Ese día, Regolini y Galassi iban a descubrir...

Y los alumnos murmuraron:

—El oro de los etruscos.

Llamaron a la puerta en ese preciso momento y nos miramos, petrificados por el desánimo. Quien

7. La escena que se describe forma parte de un ritual funerario de origen etrusco. *N. de la T.*

fuera que entrara, haría desvanecerse nuestras fantasías, del mismo modo que los arqueólogos, violando las criptas a golpe de pico, redujeron a polvo los restos mortales de los guerreros y de las princesas de la antigua Etruria.

—Disculpe... ¿Iba a poner una proyección, quién?

Un hombre, muy solemne con su traje gris y su corbata a rayas, cruzó la puerta y contempló la escena, tratando de disimular su sorpresa. Los muertos se habían incorporado a medias en sus mesas. Térence-Regolini llevaba aún el pico en la mano. El inspector —puesto que era él— se acercó a mí haciendo caer uno de los objetos insólitos que cubrían el suelo del aula.

—¡Mi ánfora en forma de *bucchero*!⁸ —exclamó la princesa Larthia, ultrajada por aquel crimen de lesa majestad.

—Oh, perdón —balbuceó el inspector, haciéndose a un lado.

—¡Mi daga de media luna! —aulló el guerrero.

—¡Nos lo está rompiendo todo! —protestaron airadamente los chavales.

8. Búcaro, tipo de cerámica de color negro propio de la civilización etrusca. En italiano en el original. *N. de la T.*

—Perdóneme, señor Hazard —balbuceó el inspector—, es que de verdad que no veo nada. La señora Zagulon ya me ha comentado que usted pone en práctica métodos pedagógicos muy novedosos...

«Qué malvada», pensé.

—...y ya veo hasta qué punto eso es exacto —añadió el inspector, sin acabar de saber en qué carta quedarse—. ¿Podría recorrer las cortinas, joven?

Se había dirigido a Regolini. Térrence me miró para dar a entender al intruso que solamente recibía órdenes de su capitán. Le hice un gesto con la cabeza y obedeció.

—¿A qué estabais jugando? —preguntó el inspector a los alumnos.

—No es un juego —respondió Mathieu con tono de compasión—. Es una recreación histórica.

—Ah, muy bien, muy bien. Y ¿qué es este... aparato? —preguntó todavía el inspector, recogiendo del suelo un objeto.

—Es mi gran fíbula ceremonial —respondió la princesa, articulando como si le hablara a alguien de pocas luces—. Es una joya de oro y es frágil.

—¿Una fíbula... eh... merovingia? —preguntó el inspector.

Los chicos estallaron en carcajadas ante una ignorancia tan supina.

—Estamos en la época de los etruscos —le confió Térrence, amable.

El inspector se volvió hacia mí:

—Pero usted va muy retrasado con el programa.

—Es posible —concedí.

En seguida pregunté:

—¿Qué queréis ser de mayores?

—¡Arqueólogo! —gritó Térrence.

—¡Estruscólogo! —precisó Claire.

—¡Ah, no, yo prefiero ser egiptóloga! —gritó Martine.

—¡Archivero!

—¡Investigador!

—¡Anticuario!

—¡Profesora de historia!

Como en un espectáculo de guiñol, pregunté:

—¿Os gusta la historia, niños?

Un solo grito:

—¡Síííí!

«¡Ojalá que el inspector no les pregunte si también les gusta la geografía!», pensé en ese momento.

—Usted despierta vocaciones —dijo el inspector, que no quería ponerse en contra de golpe a veinte esprítus jóvenes sobreexcitados—. Es... muy interesante.

Se batió en retirada, esquivando por poco un candelabro de bronce pero pisando un brazalete.

—Así son los adultos —concluyó Térrence—: lo rompen todo y se largan.

—En resumen —me consolé—, que hago bien en no ser uno de ellos.

Entre clase y clase, la Zagulon asomó por la puerta su rostro pintarrajeado de comanche en pie de guerra.

—Entonces, ¿todo ha ido bien? —me preguntó.

—¡De maravilla!

Y le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

Axel debía de estar esperando a que le subiera el cuaderno. Me acerqué a la sala de alumnos. Reconocí, por encima de las otras voces, el timbre nasal de Boussicot. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —chilló Marie Baston.

—¡El profesorcillo! —exclamó Boussicot al verme entrar.

—¿No te hemos dicho ya que este es nuestro territorio? —me espetó la chica con su voz burlona.

Una carcajada me hizo bajar los ojos. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, Jules Sampan celebraba que se me recibiera de semejante manera. El trío Sampan-Alcatraz-Boussicot me pareció de lo más prometedor.

—¿Habéis abierto un jardín de infancia? —pregunté, señalando al de tercero A con la cabeza.

—Cuando abramos un club de la tercera edad, se lo diremos —me respondió Marie Baston, falsamente amable.

Jules Sampan estalló en una risa un poco forzada. La escena sobrepasaba sus mejores esperanzas.

—Vengo a buscar el cuaderno donde Axel escribe sus raps —le dije a Boussicot—. Quiere escribir.

—¿Por qué te metes en nuestros asuntos? —me preguntó Boussicot—. ¿Crees que vamos a hacernos colegas tuyos? Los adultos sois todos polis y toca pelotas, ¿lo oyes? ¡Ya he visto a muchos profes de tu estilo, y psicólogos, y educadores especializados, y trabajadores sociales, y monjitas! Los adultos me quieren *recuperar*, como si fuera parte de un cubo de basura para reciclar. ¡Que los jodan, a los adultos, y a ti con ellos!

Alcatraz había dejado de escribir y observaba a Boussicot, no como un esclavo a su dueño, sino como un psiquiatra puede vigilar el avance de la enfermedad en su paciente.

—Dadle el cuaderno —le murmuró a Boussicot— y que nos deje en paz.

Antoine se agachó, cogió el cuaderno de Axel del banco y me lo tiró a la cara.

—Me ha costado una bronca de Boussicot —le dije a Axel, dejando el cuaderno sobre la cama.

—No le caes nada bien.

—¿Por qué?

—Porque a los demás les caes bien.

Axel hojeaba su cuaderno.

—A Marie Lemercier no le caigo especialmente bien —señalé.

—¿Qué va! Cuando Boussicot no está delante, ella cree que eres *genial*... No te pongas rojo, no es para tanto.

Me senté a caballo en la silla, riéndome.

—¿Y Sampan? —pregunté—. ¿Qué pinta él con los de cuarto?

—Quiere hacerse el duro. Boussicot y Alcatraz se burlan de él. Sampan les ha contado que está locamente enamorado de una chica de su clase.

—¿Naéma?

Axel no dejaba de hojear el cuaderno, con las cejas fruncidas.

—Eh... Sí, Naéma. Estás al tanto de todo. Ella es musulmana. Según Sampan, sus padres quieren mandarla de vuelta a Irán después de las vacaciones de Navidad. En fin, eso es lo que él dice. Pero, mierda, ¿dónde está?

Axel le dio la vuelta al cuaderno y lo sacudió.

—¿Qué pasa?

—No encuentro el rap del otro día.

Cogí el cuaderno de gusanillo y pasé a mi vez las páginas.

—¿No has arrancado la hoja?

Axel sacudió la cabeza con impaciencia:

—Me la han birlado.

—Alguien quiere meterse en el Top 50 antes que tú —bromeé.

Axel murmuró «eso es» y después, mordisqueando el rotulador, se puso a reconstruir la letra primitiva: «Niebla congelada, escarchada por dentro».

Por encima de su hombro, escribí en el cuaderno un número de teléfono.

—El León de Oro, habitación 15. Por si necesitas algo...

Dejando a Axel, me dirigí hacia el patio. Estaba desierto. Aproveché para trepar a la espaldera.

—No le conocía este amor por la gimnasia —dijo una voz familiar a mis pies.

—¡Hola, Alban!... Estaba mirando la barra que se rompió. Axel ha tenido suerte. Desde esta altura, podría haberse matado.

El profesor de educación física asintió:

—Aquí todo está en mal estado. Se lo he dicho al director, pero al parecer no hay dinero para las reparaciones. Cuando Lucien fue a informarle de que un alumno se había roto una pierna, vino corriendo, muy alterado. Pero, al ver que se trataba de Axel, casi soltó un suspiro de alivio.

—¿Por qué? —pregunté, saltando al suelo.

—¡Pues porque Axel no tiene más familia que yo, y es difícil que yo le ponga una denuncia! Agnelle es un cínico disfrazado de moralista.

—No le cae demasiado bien —remarqué.

Alban se echó a reír:

—No se le puede ocultar nada. Además, Agnelle está...

Se tocó la sien con el índice.

Aquella tarde volví preocupado a mi hotel.

Desde que había llegado a Saint-Prix, tenía la sensación de que perseguía un espejismo y de que, en definitiva, no había pasado todavía nada de lo que tenía que pasar.

—¿La barra estaba cortada limpiamente? —repi-tió después de mí el inspector Berthier.

Una vez de vuelta en mi habitación del León de Oro, había decidido llamarle por teléfono.

—Sí —le expliqué—, si hubiera sido un accidente debido a la falta de mantenimiento, la madera no se habría roto así. Creo que serraron el barrote y volvieron a ponerlo en su lugar.

—¡Elucubraciones, señor Hazard! —rio el inspector—. Pregúntele a Lucien si no ha lijado él lo que quedaba de la barra.

—Preferiría que le interrogara usted mismo —insistí, urgido por un presentimiento.

—El director no quiere ver a la policía en su recinto —me recordó Berthier—, y no hay nada que justifique mi presencia.

—Pero, precisamente el director... —empecé.

—¿Qué pasa con el director?

—No, nada...

—Me decepciona, profesor —dejó caer Berthier—. Se está dejando desbordar por unos escolares. Se las arregló mejor con el joven François Philippe.⁹

Al día siguiente, al mediodía, me encontré con Alban Rémy en el comedor.

9. Alusión a un episodio del primer libro de la serie «Los casos de Nils Hazard», titulado *Cazadores de enigmas*, en la edición de Algar. *N. de la T.*

Pálido, y con la mirada inquieta, llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté.

Se esforzó en sonreír:

—Una mala racha, al parecer... La cuerda del gimnasio se soltó de golpe. Caí a cuatro patas y la muñeca derecha se llevó la peor parte. ¡Y yo que quería hacerles una demostración magistral a los de primero!

Iba a marcharse, con una risa forzada, y le re-tuve por el hombro.

—¿Y a usted le parece normal? —murmuré.

—En absoluto —me dijo en voz baja.

Miró a su alrededor, casi atemorizado:

—Creo que sé lo que miraba usted ayer, en lo alto de la espaldera. En cuanto a la cuerda, puedo decirse yo: el gancho de fijación ha sido seccionado con una sierra para metales.

UN ASESINO EN EL INSTITUTO

Me sentía muy solo aquel viernes por la tarde en mi habitación del León de Oro. Catherine había vuelto a París a comprar no sé qué cosas. Yo había preferido quedarme en Queutilly, ya que al día siguiente no tenía clase en la Sorbona. Algo me atormentaba sin descanso. En mi duermevela, oí que la Zagulon me preguntaba si la sierra para metales era de mucha utilidad pedagógica, y después vi que Agnelle se acercaba con un inmenso abrigo negro que el viento levantó de repente, transformándolo en una capa roja, mientras unos dientes de vampiro empezaban a salirle de la boca.

—¡Ja, ja! —rio—, sangre humana. ¿Usted quiere un poco, inspector?

—Nunca en horas de clase —respondió el inspector—. Voy demasiado retrasado en el programa.

—Retrasado —balbuceé—; voy retrasado.

Estiré la mano para apagar el despertador. Ring, ring.

-¡No! -me sobresalté-. Es el teléfono.
Descolgué.
-¿Señor Hazard? -susurró una voz al otro lado del hilo.
Se me aceleró el corazón. Miré la hora en el despertador.
Las 22:15.
-Sí.
-Soy Alcatraz. Axel me ha dado su número. Le llamo desde el instituto.
-¿Desde Saint-Prix?
-Sí. Hay un teléfono de monedas delante de la sala de profesores. No puedo eternizarme por culpa del vigilante.
Me esperaba alguna revelación impactante o una confesión completa.
-Vamos allá. ¿Conoce a Jules Sampan?
-Tengo motivos para conocerlo.
-Está enamorado de...
-Ya lo sé -le corté, un poco sorprendido del giro que tomaba esa conversación nocturna.
-¿Sabe también que puede salir del instituto?
-Sí.
-Entonces, ahí lo tiene -siguió Alcatraz, incómodo-. Fue idea de Boussicot. Le he escrito una carta a Sampan, imitando la letra de Naéma...

-¿Qué has puesto en esa carta?
-Eh... «Te amo más que a mi vida. Quiero marcharme de este infierno...». Bueno, esas tonterías. Le he dado cita junto al río Doué, detrás del terreno de deportes, para esta noche, a las diez y media.
-¡Pero sois idiotas! -grité-. ¡Idiotas y peligrosos!
-Le he indicado un lugar preciso -continuó Alcatraz-. Un banco en el camino de sirga. Uno de los alumnos externos se ha encargado de dejar allí otra carta esta misma noche.
-Y esa carta dice...
-«Eres un cornudo. Me he ido con otro».
Me imaginaba a Jules Sampan dispuesto a cortar todas sus amarras por el amor de Naéma, abriendo la carta y leyéndola. No, no era divertido. No era nada divertido y el Doué no estaba nada lejos.
Oí de repente otra voz al teléfono:
-¿Qué estás haciendo aquí?
Era el vigilante, que acababa de pillar a Alcatraz.
-Estoy llamando a mi madre. Está enferma.
-¡Cuelga inmediatamente y ve a acostarte!
-Bueno -dijo Alcatraz-. Adiós, mamá. Besos. Colgó. ¿Qué hacer? ¿Alertar a Lucien? Hasta que lo comprendiera, se nos haría de día. 22:22.

Salté de la cama, me vestí, me calcé. Una vez en la calle, eché a correr en dirección al Doué. Tenía que estar allí, por lo menos, estar allí para interponerme entre Jules y el río. Al cabo de cinco minutos de carrera, sentí un agudo dolor en el costado que me obligó primero a ralentizar la marcha y después a caminar. 22:32. Rápido, ya habrá leído la carta.

Reemprendí la carrera, dejé atrás Queutilly, bordeé Saint-Prix, busqué un atajo campo a través, no podía más. Tenía el terreno de deportes a la vista. Bajé por el talud. El camino de sirga. El Doué. Dolor en el costado. No puedo más. El banco.

—¡Jules!

Está al borde del agua, el puño cerrado sobre su humillación, el rostro crispado de dolor. Siento que me utilizará para desfogarse. Camino lentamente, tratando de recobrar el aliento.

—Jules...

—¿Por qué ha venido USTED? —grita, histérico.
—Porque... Alcatraz me ha avisado. Es él quien ha escrito las dos cartas. ¿Lo entiendes?

Grita hacia el cielo:

—¡Ya lo había entendido!

Tira la bola de papel al agua.

—¡Cabrones! ¡Son unos cabrones!

Llora. Me acerco con prudencia. Murmuro:

—Ella no vendrá.

Se vuelve hacia mí de un salto:

—¡Ya lo sé!

—Tienes que volver.

—¡Nunca! Déjeme en paz. Me iré solo. Ya verá ella. Ya verán ellos...

Jules solloza. ¡Qué naufragio, un amor de quince años!

Le agarro por el hombro.

—Vamos, vengamos...

Se revuelve, lanzándome un puñetazo al vientre. Me esperaba algo así, pero de todos modos me hace daño.

—¡Los demás no saben nada! —grita a la noche, con el rostro demudado—. Yo estoy enamorado.

Volví a coger a Jules por el hombro y el me siguió como un autómata, con el corazón destrozado. Mientras caminábamos le hablé a media voz, más para aliviar su pena que con la esperanza de hacerle razonar.

—Mañana será un día duro. Y también pasado mañana. Pero, un paso tras otro, te alejarás de tu dolor.

Un paso tras otro, volví a llevarle hasta el res-
piradero de entrada al instituto.

—Has sido muy listo encontrando este pasaje
—dije, para reconfortarle.

Jules sacudió la cabeza:

—No ha sido cuestión de inteligencia. Una no-
che vi el candado abierto.

Le agarré del brazo:

—¿No fuiste tú quien forzó el candado? ¿Ni
quien arrancó la reja?

—No. Harían falta muchas herramientas para
eso.

«Las mismas que para limar un enganche o
para cortar un barrote», pensé. Jules solo usaba el
camino que se había preparado *el otro*.

—Me voy —dijo, frotándose enérgicamente la
cara mojada de lágrimas.

—Te acompaño.

—¡No! Soy lo bastante mayorcito...

Le escolté hasta el primer piso; después le escu-
ché subir los últimos escalones y cerrar su puerta.

—Misión cumplida —murmuré.

Cuando llamaron a la puerta a la mañana siguiente,
la abrí de par en par.

—¡Qué bonito es el amor! —exclamé—. Te digo:
«Ven», y tú acudes corriendo desde París.

Catherine se apoyó en el marco de la puerta.
—¿Es para decirme esta clase de tonterías para
lo que me has sacado de la cama?

—No. Quiero que revisemos con detalle la lista
de nuestros sospechosos. Entra.

Catherine se sentó en mi cama deshecha y sacó
un cuadernito de su bolso.

—¿Su divina intuición no da más de sí, señor
Hazard? —dijo triunfalmente Catherine—. ¿Qué
quieres saber?

Catherine se había encargado de charlar con
unos y otros para obtener información, una tra-
bajosa técnica que yo había desdenado.

—¿Axel?

—Axel Rémy —dijo Catherine, buscando en su
cuadernito—. Rémy, aquí está. «Huérfano. Madre
actriz, padre desconocido. Alban Rémy, tutor y
tío».

Catherine levantó la nariz de sus papeles.

—Sí... La madre de Axel tuvo una corta carrera
de actriz en los Estados Unidos bajo el nombre
de Lilas Rémy. Se enamoró de un americano, un
hombre casado del que no sabemos nada. Emba-
razada, volvió a Francia y abandonó el cine, o el

cine la abandonó a ella. Crió a su niño hasta los cuatro años. El día que los cumplía, ella se suicidó de un disparo de revólver.

—Diablos —gruñí.

Recordé lo que había escrito Axel en su rap: «Yá no tengo madre en la tierra, ni madre ni padre. Solo me queda dispararme una bala de revólver».

—¿Boussicot?

—Espera —buscó Catherine—. Boussicot, aquí está: «Padre encargado de un supermercado en Queutilly. La madre se fue, dejando a tres niños»... Sí; según lo que se cuenta, no es seguro que el padre de Boussicot sea realmente su padre. El chico se parece más al dueño del Carro de Vela, ¿sabes qué quiero decir?

—De sobra. ¿Alcatraz?

—Su verdadero nombre es Juan Rodríguez. El padre es un experto contable. Ha tenido problemas con la justicia. La madre es una mujer enorme de pasado dudoso, ¿sabes qué quiero decir?

—Más o menos. ¿Marie Baston?

—Su padre volvió a casarse y abandonó a su segunda mujer, la cual encontró inmediatamente un segundo marido, así que Marie Baston no ha sido criada realmente por sus padres, sino por su madrastra y su marido. ¿Has seguido toda la película?

—Seguro que me he perdido algún capítulo. Y ¿qué hay de Jules Sampan?

—Papá frívolo y mamá frívola. Sampan es el típico chico malo con el corazón roto.

—Ya veo a qué te referes.

Me callé un momento.

—¿Por qué sonríes, Nils?

—¿Sonrió? Igual podría llorar. Bueno, dejemos de lado al amigo Jules. ¿Qué sabemos de Agnelle?

—Ahí hay un agujero negro. Nadie sabe quién es. Alban Rémy me ha dicho que dirigió un instituto en la región de La Manche. Todo el mundo tiene dudas sobre su salud mental. Hace dos años que está en Saint-Prix. ¿Quieres saber algo de la señora Zagulon?

—¿A cuántos hombres, mujeres, niños y gatos ha matado esa?

Catherine se rio a carcajadas y leyó en su cuaderno:

—«Profesora muy concienzuda. Casada, dos hijos». Solo se le reprocha que meta las narices en todo.

—¿El vigilante de Saint-Prix?

—Un tal Nicolas Arvet-Dumillon, que, según parece, ha fracasado en todo lo que ha emprendido desde que nació.

—Buen perfil para un psicópata asesino —murmuré, haciéndome el entendido—. ¿Y Lucien?

—Lucien Renard. No tan astuto como su homónimo.¹⁰ Colecciona películas gore.

—¡Diablos! —repetí.

—La señorita Kilikini no está en tu lista de sospechosos, ¿verdad? —susurró Catherine.

—Sí, sí. Por supuesto. ¿Qué hay? ¿Acaba de obtener una reducción de condena después de haber pasado doce años en la cárcel por el asesinato de su abuelo?

Catherine fingió que buscaba en su cuaderno:

—Kilikini, aquí está. «Kilikini, Juliette. Un mirlo blanco. Solo se le conoce un vicio...: tú».

Cogí el cuaderno de manos de Catherine y fingí a mi vez que lo consultaba:

—«Roque, Catherine. Presume de cocinera. Personaje rencoroso que juega a menudo con un cuchillo».

—Y ¿con qué otra cosa quieres jugar tú? —me preguntó Catherine, frunciendo pícaramente la nariz.

10. *Renard* quiere decir en francés 'zorro', animal que suele simbolizar la astucia. *N. de la T.*

Había vuelto a París y una alondra me cantaba en el pecho. Es bueno amar, Jules, pero es mejor ser amado.

La Sorbona bullía, aquel lunes, de amores estudiantiles y de lecciones mal aprendidas. Bajé los escalones de tres en tres. ¡Fuera por fin!

Se estaba bien en el jardín de Luxemburgo. Un niño empujaba su barquito de vela por el estanque.

—¡Jules —lo llamé su madre—, vas a mojarle!

Algo se mezcló con mi alegría y echó a perder el azul del cielo. Los enamorados caminaban emparejados por los senderos del jardín.

Escribirían sus nombres en una pared, en un árbol, en un banco. Me gustaría hacer lo mismo:

«Nils ♥ Catherine»

Pero no me atrevo. Ya tengo una edad. ¡Ja, ja! Una edad.

Me marché a paso rápido. Volvió a dolerme el costado. ¿Por qué no es feliz hoy todo el mundo, puesto que yo lo soy?

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, el teléfono sonaba.

—¿Sí? ¿Dígame?

—¿Es usted el señor Hazard? Soy Jules. Sampan. Hablaba con dificultad.

—¿Quién te ha dado mi número?
—En el León de Oro.
—¿Qué quieres?
Intenté suavizar la voz, pero no acabé de conseguirlo. Entre nosotros, las cosas no funcionaban así.
—Lo mire como lo mire, los demás son unos cabrones —dijo la voz lastimera al otro lado.
Me lo imaginé agarrado al teléfono de monedas, el rostro crispado por un sordo deseo de llorar.
¿Es que no tenía otro recurso aparte de mí?
—Ahora no puedo decirle más —susurró—. Hay demasiada gente. Y, además, la sala de profesores está enfrente. Pero tengo que hablar con usted.
—Estaré en Queutilly el jueves.
—No, antes.
Su voz pasó de indecisa a imperiosa.
—Esta noche. En el Carro de Vela, después de las diez.
—Venga, Jules. ¡Ya basta con este jueguecito!
—No tiene nada que ver con... con Naéma. Es sobre lo que pasa en el instituto... Yo... he visto... tengo que colgar.
—Espera. No...
Ha colgado. Miro el reloj. Tengo el tiempo justo de coger un tren. ¿Qué quiere de mí ese pequeño

cretino? Y ¿por qué ha colgado tan deprisa? No, no iré, pero le impediré salir.

—Hola, ¿señor Renard?

—¿Eh?

—¿Lucien?

Oí un balbuceo. Tenía al conserje al otro lado del teléfono. Pero estaba borracho. Mala suerte, tendría que avisar a Agnelle.

—¡Páseme con el señor director!

—¿Eh?

Sobrepasado, cogí el abrigo y corrí hacia la estación. El sol se había puesto. No me gusta nada esa hora entre dos luces.

—¿Un tren para Queutilly? —me dijo el encargado, medio aletargado—. No hay ninguno directo los lunes por la tarde. Tiene que hacer transbordo en Cambrés-les-Monts y bajar en La Ferté-sous-Doué. Después tiene que coger un autobús.

—O sea, que sería más rápido ir a pie, ¿no?

Una vez en el tren, calculé:

Salida a las 18:30. Casi tres horas de viaje. Veinte minutos de autobús. Llegaría a las 21:40 a Queutilly. Suspiré y saqué *Le Monde* del bolsillo interior de mi abrigo. La noche cayó a lo largo de la vía férrea, una noche de invierno petrificada por el frío. Dejé el periódico en el asiento. Acababa de reconocer a

la bestia que se escondía en mi interior y me roía las entrañas. El miedo. Y la voz que no para: «¿Cómo se llama el vigilante de Saint-Prix? ¿Por qué Jules ha colgado tan deprisa? Lucien está borracho, Lucien Renard, que se chuta una película de terror. No se sabe nada de Agnelle. Agnelle, que se corta la piel con mi abrecartas...». Me puse a tamborilear contra el cristal. Pero el tren iba menos rápido que la voz.

En la estación de La Ferté-sous-Doué, el autobús esperaba, negro y frío. El chófer se tomaba un café en la cantina. Tuve ganas de gritarle: «¡Espabila!». Me senté al fondo del autobús, arrebujándome con el abrigo. Dos señoras mayores subieron.

—No hace calor, ¿eh?

—No.

Hubiera gritado. En mi cabeza, hablaba con Jules Sampan: «Quédate en tu habitación. No te muevas. Te ha oído. Si no, no hubieras colgado tan rápido. Tú sabes la verdad, Jules. Tú lo has visto con tus propios ojos. Lo he entendido, Jules. Sobre todo, no vengas...».

El chófer subió, transportando con él el olor denso del café y el tabaco. Puso el motor en marcha. Miré el cuadrante luminoso de mi reloj. 21:35.

A las 21:55, al borde de un ataque de nervios, salté del autobús en la plaza del 8 de Mayo. Corrí

al Carro de Vela. Sampan no estaba. En mi angustia, di una vuelta sobre mí mismo, sin saber hacia dónde dirigirme. Después caminé en dirección a Saint-Prix. La reja del respiradero estaba en su sitio. La quité a puñetazos. Entré en la cava número siete. El pestillo no estaba cerrado. El candado tampoco estaba puesto en la puerta marcada como «Reservado al personal». Encendí la linterna y, en ese mismo momento, oí un gemido. Barrí el pasillo con la luz de la linterna. Desierto. De nuevo un gemido. ¿Era una trampa? Lentamente, avancé. La puerta de la sala de alumnos estaba ligeramente entreabierta. El gemido venía de allí.

—¿Hay alguien? —susurré.

Empujé la puerta, pero algo me impedía abrirla. Introduje una mano y encendí la luz. Un grito se ahogó en mi garganta. Había visto una cabellera roja en un charco de sangre.

—¡Jules!

Entré como pude y me arrodillé.

Con la cara contra el suelo, Jules dejaba escapar su vida en un gemido.

—Jules, soy Nils. Tu profesor. Voy a salvarte, voy a...

El gemido se convirtió en un murmullo apenas audible. Me incliné.

—Pa... el pa... bal... medicina...
Y Jules se calló.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó una voz trémula en la distancia.

Era el vigilante, Nicolas Arvet-Dumillon.

—¡Por aquí! —grité—. ¡Ayuda!

El inspector Berthier llegó muy temprano.

Sampan había sido trasladado al hospital de Queutilly y evacuado después a París en estado de coma profundo.

—Un bate de béisbol o algo así —me explicó el inspector.

Recordé las últimas palabras de Jules. Dijo algo de «medicina» y de «bal».

—No hemos encontrado el arma —prosiguió Berthier—. Pero está el Doué...

Nos miramos y Berthier añadió:

—Hemos detenido al director. Siguiendo sus indicaciones. Dice que no ha oído nada. Que ha dormido profundamente toda la noche.

Tanto el pueblo de Queutilly como los padres de los alumnos, horrorizados, supieron aquel día que sus hijos habían sido confiados durante dos años a un... maníaco del crimen.

—Berthier me ha confirmado que, antes de estar en Saint-Prix —me contó Catherine—, Agnelle estuvo en un instituto de La Manche en el que se produjeron los mismos acontecimientos.

—¿Qué quieres decir? —me asombré.

—Lo que oyes. ¡El asunto de los deberes! Ya lo había hecho antes. Los deberes de los alumnos fueron sustraídos y aparecieron corregidos con un 0/20. En tinta roja, aquella vez.

Asentí.

—Bien jugado —murmuré.

Al día siguiente, al mediodía, el inspector Berthier pidió a los profesores y a los alumnos de tercero A que se reunieran en el comedor. Invitó también a Lucien Renard y al vigilante Nicolas Arvet-Dumillon.

—Señoras, señores —empezó el inspector—, tengo la penosa obligación de comunicarles...

Me miró. Yo asentí ligeramente.

—...de comunicarles que el joven Jules Sampan ha muerto sin haber recobrado la conciencia.

El horror, la indignación, la estupefacción, el rechazo y el dolor se leyeron en todos los rostros. Los examiné uno por uno. Uno de esos rostros mentía.

GUERRERO SOLITARIO

—Tendríamos que haber evitado este drama, Nils. Catherine me miró, desolada y también un poco irritada.

—Era evidente que el director estaba loco. Tú no querías aceptarlo. Era el único que podía moverse libremente por todo el instituto. Forzar una taquilla, serrar un barrote, limar un gancho, escribir por las paredes, todo era fácil para él. Por la noche, era el amo del lugar.

—¿Y el pasadizo del respiradero? —murmuré.

—El director no lo usaba, de acuerdo. Pero Jules Sampan no era el único chico capaz de encontrar la manera de fugarse. ¿Pregunta a Boussicot, Alcatraz o Marie Baston!

—¿Por qué desapareció el rap de Axel? —murmuré de nuevo.

—¡Hay envidiosos por todas partes! —protestó Catherine—. Y Axel se deja el cuaderno en cualquier sitio. No puedes comparar eso con un asesinato.

—¿Qué sería eso del pa que intentó decirme Jules? —murmuré todavía.

Cogí una hoja de papel y escribí las últimas palabras de Sampan: «Pa... el pa... bal... medicina». —«Bal» debe de ser el bate de béisbol con el que le golpearon —comentó Catherine—. Y puede que no dijera medicina, sino médico. Le entendiste mal. Seguro que pedía un médico.

Me quedé un momento dubitativo y a disgusto. —¿Por qué te rompes la cabeza? —me reprochó Catherine—. Ahora es demasiado tarde. Jules Sampan ya ha pagado por haber sabido la verdad antes que nosotros.

—Y ¿cómo la supo, según tú?

—La noche en que fuiste a buscarle a la orilla del Doué, ¿le dejaste al pie de la segunda escalera?

—Sí. ¿Y qué?

—Que entonces... debió de ver a Agnelle vagando por el segundo piso con sus ojos de loco. Después, cuando te llamó por teléfono, Agnelle estaba seguramente en la sala de profesores y lo oyó todo. Jules había firmado su sentencia de muerte.

—«Jules había firmado su sentencia de muerte» —repetí, en tono melodramático—. Tendrías que escribir novelas policíacas. El estilo es más o menos ese.

Bajé la vista al papel y, en un relámpago, leí:

—¡Catherine! ¡Patio! ¡Jules se refería al patio y a un balón medicinal!

—¿Esos balones que pesan muchos kilos y sirven para hacer musculación?

Asentí.

—Hay algunos en el patio —confirmó Catherine—. Están guardados en un armario.

—Tenemos que abrir ese armario.

Cuando volví al instituto, el viernes, Saint-Prix había recuperado ya un aspecto apacible. Al principio, los padres habían cedido al pánico y habían llamado por teléfono para llevarse a sus hijos. Los profesores se habían esforzado por calmarles. Con el criminal entre rejas, el peligro había pasado. Faure ocupó de manera interina la dirección. Catherine, estimando que su tarea había acabado, había encontrado a un cocinero sustituto. Lucien estaba en su garita, fiel a su puesto, casi en ayunas.

—¿Eh? ¿La llave? —balbuceó—. ¿La llave de...?

—La llave del armario del patio —repetí lentamente.

—Está colgada en el tablero, señor Hazard. ¡Tómela!

Me alejé hacia el patio. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un cadáver troceado? Giré la llave en la cerradura y abrí una de las puertas. Inmediatamente, un balón, dos balones, cayeron de los estantes donde estaban en equilibrio. Cogí uno que iba a aplastarme el pie y di un salto para evitar el otro. Eran balones medicinales de cinco kilos. Inspeccioné los otros estantes. Contenían las pesas de halterofilia de distintos pesos. Pensativamente, volví a poner los balones en su lugar, es decir, en un equilibrio inestable. ¿Qué había querido decirme Sampan?

—Las pesas —me respondió Catherine—. Jules te indicó el arma del crimen.

—Pero ¿por qué hablar entonces de balones medicinales?

Catherine se encogió de hombros. La cuestión le parecía irrelevante. Puesto que ya había un culpable y una víctima, la novela policiaca se había acabado.

—¿Por qué sigues dando clases en este instituto? —se extrañó Catherine.

Le contesté con otra pregunta.

—¿Por qué llamó Agnelle a la policía si era el culpable?

—¡Pues porque está loco! Los locos tienen razones que escapan a la razón.

—¿Por qué Agnelle manipuló ante mis narices mi abrecartas si me lo había quitado del bolsillo?

—Pues porque...

—¡Sí, sí, ya lo sé! —exclamé—. Está loco. Pero resulta que solo en las malas novelas policíacas el asesino es un loco.

—Pero entonces, Nils, si el director no es el asesino, ¿quién ha matado a Jules Sampan y por qué?

—Justo para responder a esas preguntas sigiendo clases en Saint-Prix —dije, en conclusión.

¿Era esa la verdad? ¿No seguía en Saint-Prix porque allí estaban Térrence, Martine y Claire, Alcatraz, Marie Baston, Boussicot y Axel... Axel.

Era el viernes anterior a las vacaciones de Navidad. El tiempo estaba despejado, el viento era casi tibio. Es curioso cómo algunas cosas se fijan en la memoria. Yo había decidido que aquel sería mi último viernes en Saint-Prix.

Me senté sobre la mesa. El sol, que entraba por las altas ventanas, me inundaba. Claire tenía la cara entre las manos abiertas en forma de hojas de loto. El Nilo corría a nuestros pies. Paseé la mirada por mi clase. Mis alumnos parecían esfinges soñadoras y jóvenes faraones.

Empecé:

—El dios Ra, una mañana, fue mordido en el talón por una serpiente venenosa que Isis, su sirvienta, había preparado para ello. Se retorció de dolor cuando Isis, la pérfida, se acercó a él y le dijo: «Dime tu nombre secreto, oh, Señor, y yo lo mezclaré con una fórmula mágica. Así te curarás de ese veneno que te atormenta». Ra se olió la trampa y respondió: «Yo soy Khepri por la mañana, Ra al mediodía, Tum por la tarde. Yo soy Harma Khouí-ti, el sol de verano, y Atum, el sol del otoño». Pero la sirvienta protestó: «Esos, oh, Señor, no son tus nombres secretos».

Desvié los ojos de la alta ventana para mirar a los niños. Como Isis, esperaban que yo les dijera por fin el nombre secreto, el que les daría todo el poder sobre el dios Sol. Continué:

—El dios Ra sufría tanto que volvió a llamar a su sirvienta y, vencido, le dijo: «Mi nombre secreto está escondido en mi cuerpo y, para conocerlo, hay que abrirme el pecho como se hace con los muertos para embalsamarlos». El nombre secreto del dios Ra pasó de su seno al seno de Isis sin haber sido pronunciado. Isis conocía ahora el nombre secreto. De sirvienta, pasó a ser diosa. Nosotros no lo conoceremos nunca.

Cuando sonó el timbre, me volví por última vez hacia Amón-Ra:

-Adiós -le dije en voz baja.

-¡Adiós, señor! ¡Hasta el año que viene! -gritaron los niños al pasar ante mí.

No les contesté.

En el patio, descubrí a Alcatraz, sentado en el respaldo de un banco. Por el modo en que me miraba, entendí que tenía ganas de hablar conmigo.

-¿Qué tal? -le pregunté.

-No muy bien. Siento lo que le hice a Sampan.

-¿Las cartas falsas?

Alcatraz asintió, con aire pesaroso.

-Fue una broma desagradable -dije-. Pero Jules no ha muerto por eso.

-¿Cómo podemos saberlo? Puede que al marcharse del instituto, o al volver, viera algo... o a alguien. ¿Usted cree que el director es el asesino?

Me estremecí. Pensaba que todo el mundo creía que Agnelle era el culpable.

-¿Tú no lo crees? -pregunté prudentemente.

Alcatraz hizo una mueca.

-No soy el único que se hace preguntas. Ni el único que tiene miedo.

-¿Miedo?

-¿Y si el asesino, el verdadero, está todavía en libertad? -dijo Alcatraz, más para sí mismo que para mí.

Saltó del banco como si no quisiera seguir hablándome. Pero, bruscamente, cambió de opinión:

-Por cierto, Alban Rémy tiene miedo también. Como Axel está inmovilizado en la cama, le ha llevado un arma. Por si acaso...

Asentí. Otros, aparte de mí, desconfiaban.

Alcatraz se alejó. Yo me fui por mi lado. Quería, una vez más, inspeccionar el armario del patio. Cuando lo abrí, los balones medicinales rodaron de nuevo y uno me cayó directamente a los brazos.

-¿Qué busca? -dijo una voz severa a mis espaldas.

Era Faure.

Desde que ocupaba interinamente la dirección, se habían acabado las bromas y los juegos de palabras. ¿Puede que estuviera saciando por fin su deseo más querido, ser director en lugar del director?

-Nada -dije, volviendo a cerrar el armario.

Me dirigí hacia el vestíbulo de entrada. Iba a dejar Saint-Prix sin haber resuelto sus misterios.

—¿Va todo bien? —me espetó la Zagulon, con una sonrisa escarlata abriéndose en su rostro como una flor venenosa.

—¡De maravilla!

El cielo del crepúsculo se había envuelto en una sábana húmeda y helada. «Niebla congelada, escarchada por dentro», me susurró la vocecilla. Al día siguiente sería sábado, un sábado desierto en Saint-Prix. En su habitación, Axel escribiría sus raps en el cuaderno. Axel solo en Saint-Prix, con la única protección de un conserje borracho encerrado en su garita. Por suerte, Axel tenía un arma. El hielo del crepúsculo me estrujó de repente el corazón. «¿Un arma?», dijo la voz. «¿Qué arma?». Di media vuelta y eché a correr hacia Saint-Prix.

—¡Juan! ¡Alcatraz! ¡Juan!

Había avisado a Catherine de que no volvería a París aquel sábado.

—¿Estás pensando en jubilarte en Queutilly?

—Es el último sábado que paso aquí, Cathy, el último día.

—Pero ¿por qué?

Colgué sin contestarle. No sabía por qué. Pero sabía que era necesario.

A las once, el sábado anterior a las vacaciones de Navidad, me encontraba ante la garita de Lucien.

—¿Eh? ¿Se le ha olvidado algo, señor Hazard?

—No.

—¿Quiere abrir el armario del patio, señor Hazard?

Parecía pensar que aquella actividad se me había vuelto necesaria.

—No, gracias, Lucien. Solo venía a saludar a Axel. Está solo, ¿verdad?

—¿Eh? También estoy yo, señor Hazard.

Crucé el vestíbulo con el corazón latíndome desordenadamente. Sin embargo, no podía haber pasado nada.

Alcatraz, Boussicot y los otros internos se habían ido hacía solo un cuarto de hora.

Subí la escalera a grandes zancadas silenciosas.

—¿Sí?

Entré. Axel estaba en la cama, con el cuaderno sobre una almohada y unos bocadillos en la mesilla de noche.

—¡Vaya, profesor Hazard!

La voz de Axel actuaba como un filtro: las emociones se le quedaban en la garganta, amenazando con ahogarle algún día.

-¿Vas a pasar el fin de semana solo? -me informé.

-Sí. Estoy a gusto. Lucien me sube de comer. Voy avanzando con mi rap, ¿sabe? «Niebla congelada».

-¿No tienes miedo aquí?

-¿Miedo de qué?

Su voz se había alterado ligeramente.

-Del asesino.

Axel rio débilmente.

-Tengo una pistola -me dijo, presumiendo como un crío.

-¿En el cajón de la mesilla de noche?

-Sí.

-¿Está cargada?

-Lista para disparar.

Entonces lo oí. Una puerta, abajo, se había cerrado con un chirrido.

-¿Esperas visita? -le pregunté a Axel.

-No especialmente.

-Alguien viene.

-¿Eh?

Alguien viene. Alguien sube.

-Axel, voy a esconderme en el baño. No digas nada. Haz como si yo no estuviera aquí.

-Pero...

Me llevo el índice a la boca y desaparezco tras

la puerta del cuarto de baño. El otro está aquí, a punto de entrar. El que ha corregido los trabajos con sangre, el que ha escrito el anónimo, hecho pintadas en las paredes, robado mi abrecartas, serrado la barra de la espaldera, limado el gancho de la cuerda, vuelto medio loco al director y asesinado a Jules Sampan.

-¡Eh, Alban!

La voz de Axel no ha temblado.

-¿No estabas con tu chica?

-Me sabía mal dejarte solo aquí, después de lo que ha pasado -dice Alban Rémy.

Por la puerta entreabierta le veo avanzar, con el brazo en cabestrillo. Con precaución, libera su mano prisionera.

-¿Vas mejor? -pregunta Axel, con la voz tan tranquila como puede.

-Sí, con la venda es suficiente -contesta Alban, enseñando su mano cubierta por una venda elástica.

Se sienta en la cabecera de la cama, abre el cajón.

-Me tranquiliza saber que tienes esto -dice, sacando el revólver-. Digan lo que digan los policías, el asesino aún anda suelto.

-¿Tú... tú crees? -balucea Axel, que empieza a mirar de reojo hacia el lavabo.

Por suerte, Alban no se ha dado cuenta. Se ha levantado, con el arma en la mano. Dándole la espalda a Axel, envuelve el cañón del revólver con el pañuelo que ya no le sujeta el brazo.

Ha pensado en todo: la venda elástica para no dejar huellas, el pañuelo para ensordecer la detención.

—Dime, Axel, ¿por qué escribiste: «Solo me queda dispararme una bala de revólver»?

Alban se ha girado bruscamente al hacer la pregunta.

—¿Cómo lo sabes?

En cuestión de un segundo, Alban pone el revólver en la sien de Axel. Y aprieta el gatillo. Clic.

—¡Sorpresa! —digo yo, abriendo la puerta.

—¿Qué... qué demonios hace usted aquí? —grita Alban.

—Lo mismo que usted. Protejo a Axel. Porque el asesino está libre todavía. He tenido una buena idea al pedirle a Alcatraz que descargara el revólver a espaldas de Axel, ¿verdad?

Orgullosa de mi estratagema, me quedo quieta, olvidando que un asesino acorralado se convierte en una bestia feroz. De repente, Alban hunde la mano en su bolsillo izquierdo.

—¡Atención, Nils! —grita Axel.

Alban ha sacado una porra. El arma con la que golpeó a Jules Sampan.

—¡Vete! —me grita Axel.

Alban se lanza sobre mí, con el brazo levantado. Le agarro por la muñeca. Con la mano libre, me golpea en el estómago.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —grita Axel.

—Sí, sí, ya está —dice una voz suave como un eco.

Tengo el tiempo justo de oír las carreras, el grito de rabia de Alban y me hundo en una nube de estrellas.

—¿Jugando al guerrero solitario, señor Hazard? —me dice alguien entre la bruma, desde muy arriba.

ASUNTO RESUELTO

—Espero que al menos no hayas machacado demasiado a Alban —le dije a Catherine.

Yo mismo aún estaba aturdido, un carrillón sonaba alegremente en mi cabeza.

—Un golpe con una pesa —me respondió Catherine, haciendo el gesto—. Cogí la que me cayó en la mano al abrir el armario del patio.

Encontrando extraña mi insistencia en pasar el último sábado en Queutilly, Catherine había cogido el tren de buena mañana. Cuando llegó al León de Oro, supo que me había ido al instituto.

—Me sacabas media hora —me dijo—. Un par de minutos más y estarías muerto. Como Jules Sampan.

—Tengo que confesarte una cosa, Catherine —dije, un poco incómodo—. Te... te he mentido.

Catherine frunció las cejas y, fingiendo que buscaba algo a su alrededor, murmuró:

—¿Dónde está mi pesa?

—Calma. Se trata de Jules Sampan. No... no está muerto, de hecho.

—¿Qué?

—Según las últimas noticias, acaba de salir del coma. Pero parece que ha perdido el uso de la palabra.

—¿Por qué me has hecho creer que estaba muerto? —me reprochó Catherine.

—Todo el mundo tenía que creer lo mismo —contesté—. Nos pusimos de acuerdo, el inspector Berthier y yo. Para todo el mundo, Sampan estaba muerto y Agnelle había sido el asesino. Queríamos que el verdadero culpable se confiara, incitarlo a salir de las sombras.

—Pero ¿cómo sabías que Alban Rémy era el culpable?

Sacudí la cabeza, lo que me hizo gemir de dolor: —No lo supe hasta el viernes. Solo estaba seguro de una cosa: el director no estaba loco. Era más bien víctima de una maquinación destinada a hacerle pasar por loco.

—Y ¿qué pasó el viernes?

—Una cosilla —respondí—. Alcatraz me contó que Alban Rémy le había dado un arma a Axel.

Volví a verme corriendo hacia el instituto, buscando a Alcatraz y gritándole:

—¡Juan! ¿Qué arma?

—¿Eh?

—¿Qué arma le ha dado a Axel?

—¿Alban? Un revólver.

—¿Cargado?

—Bueno... sí.

Alban le había dado un revólver cargado a alguien que había escrito: «Ya no tengo madre en la tierra, ni madre ni padre. Solo me queda dispararme una bala de revólver». Esa frase que me había impresionado tanto, Axel la había escrito en su rap «Niebla congelada».

—El rap que había desaparecido —murmuró Catherine.

—El rap que Alban había arrancado del cuaderno de Axel.

A Alban no le interesaba en absoluto el rap. Pero esa frase podía servir para explicar un «suicidio» si la dejaba junto al cuerpo de Axel, muerto por un disparo de revólver.

—Claro que no era más que una intuición —añadió—. Pero Axel ya había sido víctima de un accidente extraño y estaba a merced de un asesino, solo en el instituto, el sábado anterior a las vacaciones de Navidad. Entonces, le pedí a Alcatraz que sacara las balas del cargador del revólver.

—Has encontrado al verdadero culpable y a la verdadera víctima —señaló Catherine—. Solo te falta el móvil.

Íbamos a conocerlo muy pronto.

—Siempre tengo la impresión de que molesto —refunfuñó Berthier, sentándose delante de mí en el diván.

—En absoluto —dije, abrochándome el cuello de la camisa.

—Mi secretaria se peinaba ante el espejito del despacho.

—Catherine, ¿puedes hacernos un té?

Ella se alejó con ese balanceo de caderas propio de las chicas que caminan con deportivas.

—¿Qué hay de nuevo, inspector? ¿Sampan ha recobrado el uso de la palabra?

—No, el traumatismo parece definitivo. Pero la novia de Alban Rémy ha cantado. Se ha venido abajo al primer interrogatorio.

—Y ¿qué les ha contado? —preguntó Catherine, poniendo la tetera sobre una mesita.

—En primer lugar, que ella tenía que propor-

cionarle una coartada a Alban para ese sábado. Se suponía que habían pasado el día juntos en La Ferté-sous-Doué.

—Pero ¿les ha dicho por qué quería Alban matar a Axel?

—Muy sencillo. Alban es el tío de Axel y Axel es millonario.

—¡Millionario! —repitió Catherine, con la voz temblorosa.

—O poco le falta —añadió el inspector—. Él lo ignora todavía, pero lo sabrá muy pronto. Pero Alban ya lo sabía. Es el tutor de Axel, el primero en estar al corriente.

—¿De dónde viene ese dinero? —pregunté a mi vez—. ¿Del padre de Axel?

—Exactamente. Ese hombre casado a quien la actriz Lilas Rémy conoció en los Estados Unidos era muy rico. Pero sus asuntos estaban muy enredados con los de su mujer, por lo que no pudo divorciarse. Lilas Rémy le dejó sin pedirle nada, ni siquiera para el niño que iba a nacer. Ese hombre, Richard Eton, murió hace tres meses. Era viudo, sin descendencia, y ha legado toda su fortuna a Axel Rémy o a su pariente más cercano en caso de fallecimiento. Alban Rémy pensó que un suicidio resolvería bien el asunto.

—Suicidio más que creíble considerando que la madre de Axel también se suicidó —subrayó Catherine.

Pero aún quedaban cuestiones sin aclarar.

—¿Qué hay de los trabajos corregidos con sangre, el anónimo, la espaldera cortada? —murmuró Catherine.

—Alban no se reconoce culpable de esos hechos ni del intento de asesinato de Jules Sampan —respondió Berthier—. Culpa de ello al director.

—Agnelle es inocente —intervine—, no está loco. Solo tuvo la mala suerte de contarle a Alban Rémy que, antes de llegar a Saint-Prix, había sido director de un centro de La Manche donde los alumnos habían robado unos trabajos y los habían calificado todos con un cero sobre veinte. Alban tuvo la idea de retomar la broma en Saint-Prix, yendo un poco más lejos al hacerlo con sangre.

—¡Eso que dice no tiene sentido! —rio Berthier—. ¿Por qué iba a perder el tiempo Alban jugando al conde Drácula?

—Los inspectores de policía, de los que usted es un ejemplo excelente, no le buscan los tres pies al gato —repliqué tranquilamente—. Cuando descubren un crimen, se limitan a examinarlo a la luz de un axioma probado en cientos de novelas policíacas:

«Busca a quien saca provecho del crimen». En el caso de Axel, la respuesta hubiera sido evidente, demasiado evidente. Alban entendió en seguida que necesitaba encontrar a otro culpable y ofrecérselo a la policía al mismo tiempo que la víctima.

—¿Y eligió al director? —preguntó Catherine, incrédula.

—Agnelle, sin estar loco, tiene una personalidad frágil, es concienzudo hasta la angustia, y además está enfermo.

—El corazón, en efecto —confirmó el inspector.
—Se le podía hacer pasar por un enfermo mental —continuó—. En definitiva, atormentándole, Alban Rémy le ha llevado casi a la locura. Alban quería persuadir a todo el personal y a los alumnos de que el director se perseguía a sí mismo y, después, de que su locura, revolviéndose contra la mala semilla del instituto, lo había convertido en un asesino. Puede que Alban hubiera elegido también el arma del crimen...

—¿Cuál sería?

—Mi abrecartas —contesté—. Desapareció de mi chaqueta y apareció en el bolsillo del abrigo de Agnelle.

—Todo eso suena muy bien —gruñó el inspector—, pero no tiene ni pies ni cabeza. Alban Rémy no ha utilizado el abrecartas.

—No pudo llevar su plan hasta el final —repliqué—, porque se sintió vigilado.

—¿Vigilado? —se asombró Berthier—. Y ¿por quién?

—Por mí. En dos ocasiones, en plena noche, nuestros caminos se cruzaron. Alban Rémy ya no se sentía libre de circular por el instituto a su albedrío. Alguien le espiaba e incluso había encontrado su pasadizo por el respiradero.

—¿Jules?

—Jules y yo. Entonces, Alban cambió de táctica. Nos quiso hacer creer en un accidente y serró la barra del gimnasio.

—Eso fue muy imprudente —comentó Catherine—. Se hubiera sospechado de él con toda seguridad. Profesor de educación física envía a su sobrino al matadero. Curiosa coincidencia, ¿no?

Asentí:

—Estaba desesperado. Quería ese dinero y no podía esconderle al interesado mucho más tiempo esa historia de la herencia. Si Axel hubiera sabido que era millonario, ¿crees que se hubiera quedado ni un minuto más en ese «instituto de mierda», como él lo llama? Hubiera pedido su emancipación, se hubiera metido en el mundo del espectáculo y se hubiera olvidado de su tío. Tenía que

actuar deprisa. Matarlo antes de que supiera que era rico.

—Pero el accidente se saldó solo con una pierna rota —me recordó Catherine.

—Y, peor aún, despertó mis sospechas. Alban me sorprendió arriba de la espaldera mientras inspeccionaba los barrotes.

Catherine chasqueó los dedos:

—¡De ahí la idea de desviar tus sospechas fingiendo ser la víctima de un segundo «accidente»! Berthier contemplaba nuestro dueto, cada vez más atónito.

—Por descontentado, Alban no se hizo el menor daño al saltar al suelo cuando se rompió la cuerda —continuó—. Pero aprovechó para ponerse el brazo derecho en cabestrillo. Se convertía así en otra víctima de Agnelle.

—¡No, pero, esperen, esperen! —gritó Berthier—. No entiendo nada.

—Lo contrario me hubiera asombrado —dijo entre dientes.

—¿Qué pinta Sampan en todo esto? —me preguntó el inspector.

—Jules tuvo la desgracia de ver algo que acusaba a Alban. Quiso avisarme y me llamó por teléfono. Pero el teléfono está en el pasillo, enfrente de la

sala de profesores. Alban debió de escuchar nuestra conversación.

—Simples elucubraciones —refunfuñó Berthier—. No hay ninguna prueba. Y ¿por qué le habló Jules de los balones medicinales del patio? No lo sabemos nunca...

Callé.

Pensando en ello, volví a verme otra vez abriendo el armario del patio.

—¡Eso es! ¡Ya lo sé! —grité.

Del sobresalto, Berthier estuvo a punto de volcar su taza de té.

—¿Qué pasa ahora? —explotó.

—Ya... ya sé... lo que vio Jules —dije, tartamudeando a causa de la emoción—. Vio a Alban Rémy abriendo el armario del patio.

—Y ¿qué significa eso, señor Hazard?

—Alban llevaba el brazo en cabestrillo, el brazo derecho. Tuvo que abrir el armario con la mano izquierda. Pero, cuando abrió la puerta, los balones medicinales le cayeron encima. Cinco kilos cada uno. Y debió de hacer el mismo gesto instintivo que yo.

Abrió los brazos como había hecho para intentar uno de los balones.

—Alban es muy rápido. En un relámpago, debió de soltar el brazo del cabestrillo, coger el balón

medicinal que iba a aplastarle el pie y colocarlo en su sitio.

—¿Y entonces qué, señor Hazard? —repitió Berthier, con aire acusador.

—Alban debió de pensar que estaba solo en el patio. Pero Jules Sampan estaba allí. Jules lo vio usar las dos manos sin ninguna dificultad. Así que no tenía la muñeca rota ni torcida.

—Jules vio a Alban Rémy —concluyó Catherine—, pero Alban Rémy vio que Jules le observaba.

El inspector se llevó la mano a la frente, apartando una brusca migraña.

—Bueno. Creo que voy a dejarles. De todas formas, no sabemos nunca la verdad porque ese pobre chico ha perdido el uso de la palabra.

Ócho días más tarde, Jules Sampan había recordado la voz. Sus primeras palabras fueron para decir que Alban Rémy había abierto el armario del patio, que los balones medicinales habían caído y que, creyéndose solo, había atrapado uno...

—Mira que hay cosas dentro de esta cabecita —dijo Catherine pasándome la mano por el cráneo—. El inconveniente es que te imaginas muy bien los acontecimientos pasados, pero no tienes

ni idea de los problemas que están a punto de caerte encima.

—Te pago para que asumas la intendencia, querida.

—Es para matarte. ¿No te lo han dicho nunca? Berthier llamó a la puerta algunos minutos después. Entró y nos miró, malicioso:

—Llego en mal momento a propósito.

—En absoluto —dije, metiéndome los faldones de la camisa dentro de los pantalones mientras Catherine se retocaba el maquillaje.

—¿Es que quieren aparecer en el *Guinness de los récords*? —insistió Berthier con una risa grosera.

Se sentó en el diván y nos puso por fin al corriente del motivo de su visita:

—Alban Rémy lo ha confesado todo. Ha exculpado a Agnelle y ha reconocido el intento de asesinato de Jules Sampan.

—Asunto resuelto —dije, volviéndome hacia mi secretaria.

Más o menos tan resuelto como ella.

En las semanas que siguieron, estuve muy ocupado con un ciclo de conferencias que tenía que dar, con los trabajos que tenía que corregir, con

las pruebas que debía releer. Los acontecimientos de Saint-Prix se alejaron rápidamente de mis pensamientos. De vez en cuando, tecleando en mi ordenador, levantaba la mirada y una imagen se me hacía presente de golpe. Era la clase de primero B pintando frescos etruscos o recitando conmigo la lista de los nombres de los dioses egipcios. Era Jules Sampan bajo la nieve, esperando a Naéma. Y, más a menudo todavía, era Axel tomando notas en su cuaderno de rap.

—¿Sabes qué ha sido de Axel Rémy? —me preguntó Catherine una tarde.

—Ni idea. Supongo que ha dejado Saint-Prix.

—Yo... yo tengo alguna noticia tuya.

—¿Ah, sí?

Como la voz de Catherine era dubitativa, no me atrevía a preguntarle. Axel caminando por la cuerda floja, balanceando los brazos: era así como lo recordaba. ¿Se habría cobrado el diablo finalmente su parte?

—Se ha ido de Queutilly —continuó Catherine—. Se ha instalado en un loft, en la zona de Boulogne. Tiene muchos amigos, demasiados.

Me ensombrecí. Sin duda, Axel andaba con malas compañías. Su dinero no atraería más que a sinvergüenzas y aprovechados.

—Intenta montar su grupo de rap —dijo todavía Catherine.

Suspiré. Axel lo perdería todo. Iría de mal en peor. Y acabaría en la droga, probablemente.

—No parece muy feliz —añadió Catherine—. Me ha hablado de ti. Le gustaría volver a verte.

Suspiré de nuevo. La voz de Catherine se volvió ferviente:

—Él confía en ti, Nils. Sufre porque no has vuelto a contactar con él. Te ha escrito diez cartas y después las ha roto todas. Si alguien puede hacer algo por él, ese eres tú.

—No necesita nada —dije—. Es cien veces más rico que yo...

—Y dos veces más joven —completó Catherine—. Está en peligro, lo sabes muy bien.

—¡Yo no puedo volverle más pobre ni más viejo! —grité—. No tengo nada que ofrecerle.

—¿No tienes una habitación de invitados en tu apartamento?

Me sobresalté:

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente, Nils. Axel estaría de acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Estaría dispuesto a dejar el loft si tú le acoges.

Me encogí de hombros. Catherine era capaz de inventarse cualquier cosa para complicarme la existencia.

—Soy un solitario, Catherine. Un guerrero solitario.

—¡Un zángano egoísta, sí! —gritó Catherine.

—Eso quería decir —dije entre dientes.

Después me instalé ante el ordenador y fingí estar absorto en lo que hacía.

Al día siguiente, cuando sonó el teléfono, descolgué sin desconfianza.

—Sí, ¿dígame?

—¿Es... el señor Hazard? Soy... soy Axel —dijo una voz que quería ser fría pero que temblaba de emoción—. Axel Rémy... ¿se acuerda?... ¿Hola?

—Sí, sí, buenos días, Axel. ¿Cómo estás?

—Buenos... más o menos. Ya no estoy en... en el instituto.

—Eso he oído decir. Es una pena que hayas dejado los estudios.

—No me gusta... No me ha gustado nunca. Estudiar, quiero decir.

Hubo un silencio, un silencio de respiración contenida. Después:

—¿Podría hablar con usted, señor Hazard? Pero no por teléfono...

—¿En una cafetería?

—Sí, eso es —aprobó—. En el Carro de Vela.

La idea me pilló tan de improviso que ni siquiera protesté. Convinimos una cita para la tarde siguiente.

Cuando el autobús me dejó en la plaza del 8 de Mayo, me di cuenta de hasta qué punto había pasado el tiempo. Los plataneros se habían llenado de hojas nuevas, el crepúsculo se alargaba en tonalidades apacibles. Era marzo ya. Repasé en mi cabeza las cuatro frases que tenía intención de decirle a Axel:

«Estás en una edad en la que puedes y debes aceptar tus responsabilidades... Ten cuidado con las malas compañías... El rap es un sueño de niño falto de afecto... Continúa tus estudios... Yo podría aconsejarte». Nos daríamos la mano. Sería todo muy viril: «Cuenta conmigo, mi puerta siempre estará abierta para ti». Y ya está.

Entré al Carro de Vela y estuve a punto de caerme de la impresión.

—Por Nils —gritó una voz joven—, hip, hip, hip...

—¡Hurra! —clamaron diez gargantas.

Se habían puesto todos en pie. Boussicot, Alcastraz, Marie Baston, Térrence, Claire, Martine, Ma-

thieu y Axel. Después se apartaron y, tras ellos, vi a Catherine, y, apoyado en Catherine, con la cabeza envuelta en una venda blanca, superviviente de la muerte y superviviente del amor, a Jules Sampan.

A mi vez, grité:

—¡Banzái!

Nunca hubiera creído que una emoción así pudiera embargarme. ¡Me la habían jugado! Todos se pusieron a hablar a la vez, estirándome del brazo, cogiéndome la mano. «¡Señor Hazard! ¡Señor Hazard!». Catherine me observaba de reojo. Desde luego, era ella la que me había organizado aquella trampa.

—Nils —me dijo con un tono tan grave que todos se callaron de golpe—, Nils, creo que Axel quiere pedirte algo.

La trampa se cerraba. ¡Qué tontería había hecho acudiendo allí!

—Señor Hazard —empezó Axel casi solemne—, «yo ya no tengo madre en la tierra, ni madre ni padre...».

Negué con la cabeza. Sabía de sobra la frase que venía a continuación y que no quería volver a oír. Pero Axel concluyó de una manera completamente distinta:

—Por eso le pido que sea mi tutor.

Lancé una mirada consternada a Catherine. Una ratonera, me había metido en una ratonera.

—Entonces, ¿dice que sí? —se impacientó Tércence.

—Digo... digo que... sí —balbuceé, vencido.

—¡Hurra! —aullaron diez voces.

Pero señalé a Axel con un dedo amenazador:

—¡Se acabó eso de vagar por los loftfs! Vas a volver a estudiar. Seriamente. Y nada de «industrias de chuletas».

—Se lo prometo, señor Hazard —me contestó Axel, momentáneamente dispuesto a todo.

Después se echó a reír y se volvió hacia sus compañeros:

—Será lo nunca visto: ¡seré el primer rapero etruscólogo!

1. Profesor de historias	7
2. El Señor de Saint-Prix	37
3. ¡A ti te asesinan siempre!.....	58
4. Sombras y rumores.....	79
5. Un asesino en el instituto	103
6. Guerrero solitario	120
7. Asunto resuelto	134